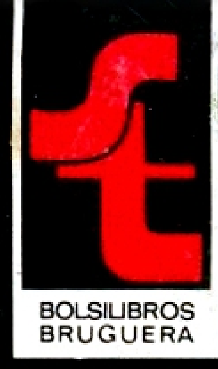


Selección TERROR

EN UN LUGAR DEL AVERNO...

Adam Surray

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS

EN UN LUGAR DEL AVERNO

ADAM SURRAY

Colección
SELECCION TERROR n.° 493
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA — BOGOTA — BUENOS AIRES — CARACAS

ISBN 84 02-02506 4
Depósito legal: B. 23.216-1982
Impreso en España Printed in Spain
1ª edición: agosto, 1982
2ª edición en América: febrero, 1983

Impreso en los Talleres Gráficos de
Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallés (N-152, Km 21,650)
Barcelona — 1982

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

488 — *El fantasma y «miss» Pitt,* Clark Carrados.
489 — *Atrapada por la locura.* Ada Coretti.
490 — *La bestia de acero,* Joseph Berna.
491 — *Un ser horrible, monstruoso,* Ada Coretti.
492 — *Sangre en la morgue.* Curtis Garland.



ST
SELECCION
TERROR

CAPÍTULO PRIMERO

El llamador de la puerta hizo respingar a los dos hombres.

Al unísono.

Intercambiaron una mirada.

—Terry...

—Tranquilo, Randall. No estamos en casa.

Randall Scott frisaba en los treinta años de edad. Un individuo de rostro equino. Alargado. Con unos ojos saltones que en aquel momento reflejaban temor. También sus manos, unas manos grandes y fuertes, acusaban un visible temblor.

—No tenemos escapatoria, Terry. Lo sabía. Tarde o temprano tenía que ocurrir. Tenía que llegar el final. Era imposible resistir más.

—Cierra el pico, Randall.

Volvió a sonar el llamador.

Acentuando el nerviosismo de Scott.

Terry Daniels, por el contrario, parecía sereno. Su rostro no delataba emoción alguna. Un rostro de correctas facciones. Un individuo de atlética complexión. También joven.

Un par de años más joven que su compañero Scott.

—Nos lo advirtió, Terry. Nos dio de plazo hasta el viernes.

—Hoy es jueves.

Scott parpadeó.

—Es cierto... Hoy es jueves. ¡Un momento...! Oí comentar al buitre de Salkow que el jueves se largaba a Hope City. Iba a visitar a su madre.

—Salkow no tiene madre. Fue engendrado por una cerda.

Randall Scott rió divertido.

Ya más relajado.

El llamador del apartamento sonó por tercera vez. Ahora en pulsación más larga e insistente.

—Maldita sea... ¿Quién puede ser?

Terry Daniels, tumbado en el sofá, ahogó un bostezo.

—¡Qué importa...! De no ser nuestro casero Salkow, será el fulano del almacén, el sastre, nuestro proveedor de whisky... Un

acreedor. Eso es seguro.

Scott asintió.

Con significativa mueca.

—Sí, condenación… Todo menos un cliente.

—Un cliente…

—¿Qué ocurre, Terry?

Daniels se había incorporado sentándose en el sofá.

—¡Un cliente, Randall! ¿Por qué no puede tratarse de un cliente? No había pensado en ello.

—No me sorprende. Hace meses que nadie requiere nuestros servicios. El último caso que recuerdo fue…

—Abre la puerta, Randall.

Scott agrandó aún más sus saltones ojos.

—¿Abrir…? ¿Te has vuelto loco? ¿Imagina que se trata de Logan? ¡Reclamando sus cuatrocientos dólares! Prometimos pagarle la semana pasada. Logan es un mal bicho. Es el peor corredor de apuestas que…

—La puerta, Randall —Daniels se había incorporado del sofá atrapando la chaqueta depositada sobre el respaldo de una silla—. Es un cliente. Tengo esa corazonada. Pásalo al despacho.

—Pero…

—¡Pronto, maldita sea! ¡Antes de que se largue!

Scott obedeció a regañadientes.

Abandonó la estancia mientras que Terry Daniels se precipitaba hacia una puerta existente en el salón. Comunicaba con el despacho. Una reducida habitación amueblada con una mesita escritorio, un par de sillones y un archivador metálico.

Daniels se acomodó en el sillón giratorio. Tras la mesa. Abrió uno de los cajones para guardar restos de sandwich, latas de cerveza vacías y revistas pornográficas que se amontonaban sobre la mesa.

Atrapó el teléfono.

Se abrió la puerta del despacho comunicante con el living.

Apareció Randall Scott en compañía de un individuo. —Pase, señor…

Scott enmudeció—

Terry Daniels estaba hablando por el teléfono.

—Por supuesto, senador. Una de mis secretarias acudirá a su

domicilio con los informes. No hay problema alguno, senador. No es la primera vez que trabajamos para usted y ya conoce nuestra eficacia. Hasta pronto, senador. ¿Cómo...? Ah, si...

Aceptamos de buen grado su invitación para almorzar. Adiós, senador.

Daniels colgó el micro.

Se incorporó del sillón.

—Disculpe, señor...

—Es el señor Eric McKeown —dijo Scott, para seguidamente recalcar con iluminados ojos—: Viene a contratar nuestros servicios.

—Tome asiento, señor McKeown. Señor McKeown... ¿le ocurre algo?

El individuo parpadeaba repetidamente con la mirada fija en el teléfono.

Sacudió la cabeza.

—¿Cómo...? Ah, no... Su teléfono.

Daniels arqueó las cejas.

—¿Qué ocurre con él?

—Hace menos de una hora llamé para concertar la entrevista. No recibí señal alguna y comuniqué con la Central. Me informaron que este número había sido desconectado por falta de pago.

Scott enrojeció.

No ocurrió lo mismo con Daniels. Este era un individuo de rápidos reflejos. Reaccionó con una carcajada.

—Usted se refiere al número que figura en la gula telefónica. El del antiguo ocupante del apartamento. Por un error no figura el de Daniels & Scott Investigation. Siéntese, señor McKeown; aunque me temo que no pueda aceptar su caso. Actualmente tenemos un par de asuntos entre manos.

—Me recomendaron sus servicios, Daniels.

Terry Daniels no pudo ocultar una mueca de sorpresa.

Aquello era en verdad insólito.

—¿De veras? ¿Quién?

Eric McKeown había tomado asiento en uno de los sillones situados frente a la mesa escritorio. Un individuo voluminoso. De rostro mofletudo y grasiento. Frisando en los cincuenta años de edad.

Esbozó una sonrisa.

—Sam Logan. Acude a Daniels & Scott. Son dos muertos de hambre. Eso me dijo Logan.

Randall Scott se dejó caer en el otro sillón.

Inclinando la cabeza.

Terry Daniels se esforzó por mantener el tipo. Incluso consiguió reflejar una sonrisa en el rostro.

—¡El bueno de Sam…! ¡Siempre con sus bromas!

—También me dijo que les recordara la deuda que tienen con él. Cuatrocientos dólares.

Pronto enviará a sus gorilas a cobrar. Logan es también mi corredor de apuestas.

Daniels se reclinó en el sillón.

Respirando con fuerza.

—Okay, gordo. ¿Qué se le ofrece?

McKeown sonrió.

—Perfecto, Daniels. Con las cartas boca arriba hablaremos mejor. Tengo un delicado asunto que ofrecerles. Algo especial. De ahí que no acuda a cualquier agencia de investigación de prestigio.

—Logan no le informó de todo. Ciertamente somos un par de muertos de hambre, pero no aceptamos trabajos sucios. ¡Lárguese!

Eric McKeown no se movió.

Amplió la sonrisa en su mofletudo rostro.

—¿Tampoco por veinticinco mil dólares?

—¡Hecho! —exclamó Scott—. ¿A quién tenemos que matar?

—No hay que matar a nadie, amigos. No es un trabajo sucio, aunque tampoco del todo limpio.

—Explíquese —dijo Daniels.

—Trabajo para la Brady Company. Soy uno de los directivos. Una empresa inmobiliaria. Nos dedicamos a la compra y venta de terrenos, solares, edificios… ¿Han oído hablar del Clover Center?

—¿Se refiere a la cadena de grandes almacenes?

El individuo rió por lo bajo.

—Un Clover Center es algo más que un gran almacén. ¡Una verdadera ciudad! Hipermercado, multicines, bloques comerciales, casino de juego, parques infantiles… Actualmente son doce los Clover Center emplazados en los EE.UU. Georgia, Texas, Utah, Missouri… Se está proyectando instalar uno aquí, en California. Falta encontrar el lugar adecuado. Un terreno extenso, de fácil

acceso, en un punto estratégico, en contacto con la Naturaleza… El Clover Center no sólo ha encomendado la búsqueda a la Brady Company. Son muchos los millones en juego. De ahí que haya establecido contacto con varias compañías inmobiliarias de California. Aceptarán aquella que les ofrezca el mejor terreno.

—¿Un asunto de espionaje comercial?

—No, Daniels. Tampoco van por ahí los tiros. Mi jefe conoce bien los gustos del Clover Center. El centro de Utah, por ejemplo, es algo más que un gigantesco bloque comercial.

Es un paraíso. Una amplia zona rodeada de frondosos árboles. Eso es lo que gusta al Clover Center y al pueblo. Estamos asqueados de asfalto. Hace algunos años, la Brady Company estuvo próxima a comprar un terreno en Brooksville. ¡Algo fabuloso!

—¿Brooksville? —Scott se rascó cuidadosamente la cabeza—. No me resulta familiar…

—Es una pequeña localidad centrada en el triángulo formado por San Francisco, Los Angeles y Bishop. Una ciudad olvidada de la mano de Dios; aunque con vías de comunicación factibles de ampliar y modernizar. El terreno en cuestión está a poco más de una milla de Brooksville. Un extenso bosque, un paradisiaco valle, un arroyo natural…

Maravilloso. La extensión y emplazamiento ideal para un nuevo Clover Center.

—¿Dónde está el problema?

El adiposo rostro de Eric McKeown perdió parte de su reflejado entusiasmo.

—Hace un par de años, Salmac estaba en venta. Salmac es el nombre de la mansión. Un enorme caserón centrado en el extenso terreno. Su propietario es la anciana señora Graham. Hace un par de años quedó viuda y puso Salmac en venta. La Brady Company se interesó por el terreno, aunque lo consideró un poco aislado y de difícil venta posterior.

Ahora, con el proyecto del Clover Center, hemos recordado a Salmac.

Terry Daniels sonrió.

—Y ahora, la señora Graham no quiere vender.

McKeown asintió.

En compungida mueca.

—Correcto. Lo hemos intentado todo. El mismísimo señor Brady se presentó en Brooksville. Acudió a Salmac. Ofreciendo a la señora Graham una fabulosa fortuna por su terreno. Sin éxito. Las cosas no marchan bien a la señora Graham. Sigue con deudas. Incrementadas por su nuevo negocio. Sí, maldita sea… Esa vieja chiflada ha transformado su caserón en un hotel.

—¡Infiernos! —rió Scott—. Buena jugada.

Eric McKeown no compartió la hilaridad de Scott.

Su voz sonó aún más apesadumbrada.

—El Salmac Hotel fue inaugurado hace aproximadamente un mes. El señor Brady, en uno de sus últimos desplazamientos a Brooksville, sugirió añadir a la cantidad de compra todos los gastos ocasionados por la transformación del caserón en hotel; pero la señora Graham no aceptó. Parece muy entusiasmada con su idea de regentar un hotel.

—Dudo que resulte un buen negocio —comentó Daniels—. No conozco la zona, pero no me parece un lugar adecuado para la instalación de un hotel.

La mueca de abatimiento se acentuó en McKeown.

Casi próximo a las lágrimas.

—Esa era también nuestra opinión, pero según informes recibidos ya se han acomodado en el hotel los primeros clientes. Gente que busca descanso y soledad en pleno contacto con la Naturaleza. Y eso lo encuentran allí. Por supuesto que no hay bofetadas para firmar el libro de registro, pero esos clientes animan a la señora Graham en su negativa a vender. Afirma muy convencida que el Salmac Hotel será un fabuloso negocio. Ya no quiere recibir a ningún representante de la Brady Company. No hay trato ni posibilidad alguna de venta.

—Comprendo —dijo Scott, moviendo afirmativamente la cabeza —. Tenemos que liquidar a la vieja, ¿no es eso?

—No seas bruto, Randall. El señor McKeown quiere proponernos otra cosa.

Eric McKeown carraspeó.

—Bueno, yo… Voy a ser sincero. Estoy aquí a título personal. Por mi cuenta y riesgo. No soy un enviado de la Brady Company. Hablando con Logan del problema, me comentó que conocía a un par de fulanos con muchos recursos e imaginación. Y aquí estoy. Me

comprometo a gratificarles con veinticinco mil dólares si hacen cambiar de parecer a la señora Graham.

—¿No es muy generoso por su parte?

McKeown sonrió.

—Si me presento en el Consejo de Administración de la Brady Company afirmando que la señora Graham está dispuesta a vender, saldría convertido en vicepresidente. Con una recompensa acorde con el precio a pagar por el Clover Center. No, Daniels… Esos veinticinco mil dólares que les prometo son insignificantes comparados con los millones en juego. Puedo pagarlos de mi bolsillo sin pestañear.

—¿Qué debemos hacer, McKeown?

—¿Hacer? ¡Maldita sea, Daniels…! La sugerencia de Scott de liquidar a la vieja me parece magnífica, pero tampoco yo la apruebo. No quiero violencias. Deben actuar dentro de la ley… o bordeándola. ¿Qué hacer? Eso ya es de más difícil respuesta. Si estuviera en mis manos la solución, no acudiría a ustedes. Me ahorraría los veinticinco mil. Logan dijo que eran individuos de recursos. ¿Aceptan el trabajo?

—¿De cuánto tiempo disponemos?

—Dentro de cinco semanas, todas las agencias inmobiliarias contactadas por el Clover Center deberán presentar sus proyectos.

—Cinco semanas… Perfecto —dijo Terry Daniels, con enigmática sonrisa—. Se puede hacer.

—¿Aceptan?

—¡Seguro! —exclamó Scott—, ¿No es eso, Terry?

Daniels asintió.

—Vamos a intentarlo, McKeown. Confíe en nosotros. Logan no le ha mentido. Somos dos individuos de grandes… recursos.

—Me consta que están sin un centavo —Eric McKeown llevó su diestra al bolsillo interior de la chaqueta—. Voy a firmarles un cheque. Por tres mil dólares. Cubrirá parte de sus honorarios y los primeros gastos. Los veinticinco mil sólo si culmina con éxito el trabajo, ¿de acuerdo?

—Cinco mil, McKeown. Vamos a tener muchos gastos extra.

El individuo dudó.

Con la mirada fija en Daniels.

Terminó por mover afirmativamente la cabeza.

—Correcto. Cinco mil. Una pequeña advertencia... En mi conversación con Logan me comentó que disponía de varios individuos a sueldo. Dispuestos a cualquier cosa. Los utiliza para cobrar a los morosos.

—Sí, les conocemos —dijo Scott, arrugando instintivamente la nariz.

McKeown se incorporó.

Depositó el cheque sobre la mesa.

—Espero no tener que contratar a esos poco recomendables individuos, pero si tratan de engañarme...

—Puede confiar en nosotros, McKeown.

—Ahí les queda mi tarjeta. Quiero estar informado de la marcha de los acontecimientos.

Buenas tardes.

—Acompaña al señor McKeown, Randall.

Scott obedeció.

Muy ceremonioso.

Cuando retornó al despacho encontr6 a Terry Daniels dando sonoros besos al cheque de cinco.mil dólares.

—¡Déjame a mí, Terry...! ¡Déjame a mí...! ¡Yo también lo amo!

—¿Te das cuenta, Randall? ¡Cinco mil dólares!

—Sí, Terry. Hace pocos minutos éramos dos gusanos sin un centavo.

—Y ahora somos dos gusanos con cinco mil dólares. Bien, Randall. Hay que moverse con rapidez. Logan de seguro enviará a sus gorilas a cobrar los cuatrocientos que le debernos. Sabe que ahora tenemos dinero. Hay que largarse.

—¿No vamos a pagar nuestras deudas?

Daniels parpadeó.

Perplejo.

—¿Pagar? ¿Estás loco? Si empezamos a pagar no nos llegarían estos cinco mil. Tenemos que abandonar lo antes posible el apartamento. Prepara el equipaje.

—Eso se hace rápido. No tenemos gran cosa que llevarnos. ¿Dónde nos vamos? ¿A Las Vegas?

Daniels volvió a dirigir una estupefacta mirada a su compañero.

—¿Las Vegas? Nuestro destino es Brooksville.

Ahora fue Scott quien bizqueó perplejo.

—¿Quieres decir…? ¿Vamos a enfrentamos con esa pobre vieja?

—¿Enfrentarnos? —sonrió Daniels—, No, muchacho… Sólo convencerla. La Brady Company pagará bien por sus tierras. Simplemente vamos a convencerla de que un hotel no es negocio para ella. Recuerda que hay veinticinco mil dólares para nosotros.

—Dudo que logremos…

—Ya tengo un par de ideas en mente, Randall.

—¿De veras? ¿De qué se trata, Terry?

—Ahora no es momento de explicaciones. Hay que largarse antes de que aparezca Logan. Pasaremos una temporada de reposo en el Salmac Hotel.

Scott rió divertido.

—Serán unas buenas vacaciones, Terry. Por cierto… ¿Qué significa Salmac?

—¡Y yo qué sé…! No hagas preguntas idiotas y muévete.

No era una pregunta idiota.

Y pronto lamentarían el conocer la respuesta.

CAPÍTULO II

Randall Scott saltó del taburete precipitándose hacia la puerta.

—¡Maldita sea tu estampa, Terry! ¿De dónde diablos sales? ¡Dos horas! ¡Llevo aquí dos horas abandonado como un paraguas!

Daniels sonrió.

Percatándose del nerviosismo de su compañero.

—Has pasado miedo, ¿eh, Randall? Imaginando que me había largado con los cinco mil.

—No te creo capaz de eso. Después de tantos años juntos sé que tú no… ¡Infiernos, sí…! ¡Lo pensé!

—Tranquilo, Randall. Aquí estoy. ¿Has pagado?

—¡Y un cuerno! Demasiado sabes que no tengo ni para tabaco.

Terry Daniels se aproximó al mostrador del *snack*. Después de consultar el ticket de consumición, depositó unos dólares.

Retornó junto a Scott.

—En marcha, Randall.

Abandonaron el *snack*.

Frente al establecimiento estaba aparcado un viejo Buick. Un «Century» berlina de cuatro puertas, seis plazas y muchas millas.

—¿Qué hace la maleta en el asiento trasero, Terry?

—He estado haciendo algunas compras. El portaequipajes está ahora a rebosar.

—¿Compras? ¿Qué tipo de compras?

—Ya te lo explicaréˆ Sube.

Se acomodaron en el interior del vehículo.

Terry Daniels, frente al volante, maniobró enfilando por Jasper Street. En dirección a la longitudinal Leavenworth Street.

El tráfico era intenso.

Las calles de San Francisco ya adornadas con multicolores luminosos de neón. Anunciadores de una nueva noche alegre y dinámica. La riada de vehículos se hizo aún más intensa al aproximarse a North Beach.

—¡Eh, Terry…! ¿Qué hacemos por aquí? Vamos en dirección opuesta. Si queremos enlazar con la autopista de San José y luego…

—Tenemos que hacer una visita.

—¿Una visita? ¿A quién?

—The Cave.

El rostro de Scott se iluminó.

—¡Infiernos! ¡Es una magnífica idea! Tengo entendido que se ha renovado el ganado desde nuestra última visita.

—¡Ganado...! Qué poco fino eres, Randall. The Cave es un teatro. Y en su escenario actúan bellas y encantadoras señoritas.

—Eso he querido decir, Terry, pero yo no tengo tu labia. No he tenido la suerte de cursar estudios, como tú lo has hecho, en un correccional del Estado.

—Kathryn trabaja en The Cave.

—¿Kathryn? —respingó Scott—, ¿Desde cuándo? Tenía entendido que iba de gira por Nevada. Con una compañía teatral especializada en un tal Shakespeare.

—Se suspendió esa gira. El director de la compañía se largó con los fondos y vendió todo el vestuario y decorados.

—No me imagino a Kathryn haciendo *strip-tease* en The Cave.

Daniels sonrió.

Dirigiendo una burlona mirada a su enojado amigo.

—No todas las chicas de The Cave hacen *strip-tease,* Randall. Kathryn es una buena actriz. Lo mismo en un papel de Shakespeare que bailando para una compañía musical. Necesitaba trabajar y sólo encontró un puesto en The Cave. Las cosas no 'funcionan bien. Hay crisis.

—¡Qué me vas a contar a mi...!

—Kathryn me telefoneó hace un par de semanas. Justo un día antes de que nos desconectaran el teléfono. Anunciándonos su próximo debut en The Cave. Quedó en volver a llamar para invitamos. De seguro lo hizo, pero ya nuestro teléfono había pasado a mejor vida.

—No me habías comentado nada. The Cave... ¡Maldita sea! Ese teatro es un tugurio. ¡Una auténtica pocilga! Con un patio de butacas repleto de bastardos babeantes.

—¿De veras? Recuerdo que tú siempre estabas en primera fila. Alargando las zarpas hacia la *strip-teaser* de turno.

Scott pareció no oír el comentario de su amigo.

—No me gusta ese antro para Kathryn.

—Kathryn es una de las bailarinas del conjunto. Vamos a proponerle un negocio y de seguro se despedirá del teatro.

—¿Un negocio? ¿Nosotros?

—Ahá.

—¿Insinúas que...?

El auto ya se había adentrado por Troy Road. En el 771 se emplazaba The Cave. Haciendo honor al nombre. Su entrada, en efecto, era similar a una caverna. Ni el luminoso anunciador ni las destellantes-luces rojizas alegraban la fachada. El aspecto continuaba siendo sórdido. Las fotografías reclamo del espectáculo marcadamente obscenas. Al igual que las frases de propaganda. Un *show* en sesión continua. Desde primeras horas de la tarde hasta la madrugada.

Daniels y Scott descendieron del Buick.

No se aproximaron a las taquillas, sino que bordearon el edificio penetrando en un oscuro callejón. Al final estaba la corta escalera que conducía a la parte posterior de The Cave. A la denominada «Salida de artistas».

Terry Daniels subió en primer lugar.

Seguido de Scott.

La puerta estaba entreabierta.

Daniels empujó la hoja de madera descubriendo el largo corredor. Se respiraba una cargada atmósfera. Una mezcla de perfumes baratos y sudor humano.

De una de las puertas del corredor salió un individuo. Luciendo un desgastado smoking.

Se detuvo al descubrir la presencia de Daniels y Scott.

—¡Eh, vosotros...! ¡Fuera...! ¡No se puede entrar por aquí!

Terry Daniels se acercó sonriente.

—Tranquilo, hermano. No se altere. Buscamos a una amiga que...

—¡No me importa! —interrumpió el individuo, vociferante—, Está prohibido el paso por vestuarios.

—Terry... dale un par de dólares para que cierre la boca y nos permita pasar.

El individuo enrojeció.

—¡Soy el director de The Cave y les ordeno que salgan de inmediato! ¡Fuera de aquí!

—De acuerdo, hermano. ¿Puede enviar un aviso a Kathryn Hopkins?

En el crispado rostro del individuo se reflejó una súbita sonrisa.

—Kathryn Hopkins ya no trabaja en The Cave. Ayer mismo fue despedida. Era una vulgar furcia sin categoría alguna.

Daniels y Scott intercambiaron una mirada.

Sin hablar.

No era necesario.

Estaban bien compenetrados.

Primero fue Terry Daniels. Proyectando su zurda. Al estómago del individuo. Este se dobló como una bisagra. Justo a tiempo para recibir el tremendo puñetazo de Scott. En la cabeza. Un brutal trallazo que le hizo rodar aparatosamente por el pasillo.

Dos golpes que dejaron al individuo sin sentido.

Daniels y Scott rieron al unísono.

—Salgamos, Randall. Aquí huele muy mal.

—¿Qué hacemos ahora, Terry?

—Puede que encontremos a Kathryn en su apartamento —dijo Daniels, abriendo la portezuela del Buick—. Nada perdemos en ir hasta allí. Ahora sí nos viene de camino.

—¿Por qué ese repentino interés en Kathryn?

Terry Daniels encendió un cigarrillo pasando la cajetilla a su compañero.

Inició la marcha del vehículo.

—Tengo un plan para convencer a la vieja señora Graham. Y Kathryn nos sería de mucha ayuda.

—¿Kathryn...? ¿Por qué no te explicas de una condenada vez?

Daniels sonrió.

Sin complacer la curiosidad de su amigo.

Kathryn Hopkins habitaba en la Ruston Avenue. En Barrio Gladewater. Una de las zonas más bohemias de San Francisco. Habitada en su mayoría por artistas, pintores, escritores... En definitiva, por fracasados y muertos de hambre.

El 133 de la Ruston Avenue era un edificio de ocho plantas. Antiguo. Húmedo. De gris y sucia fachada.

El apartamento de Kathryn situado en el cuarto piso.

El ascensor ostentaba un cartel con la advertencia de «no funciona». Un cartel ya amarillento. Hacía años que el ascensor no funcionaba. Ni funcionaría jamás. Era ya pieza de museo.

—¿Sabes una cosa, Terry? —dijo Scott cuando ya resoplaban por

la tercera planta—.

Pienso casarme con Kathryn. ¡No te rías, maldita sea! Hablo en serio. Me duele el corazón cada vez que pienso en las calamidades que está pasando Kathryn.

—¿De veras? ¡Pues imagina las calamidades que pasaría estando casada contigo!

Scott hizo una mueca.

—Sí… eso también es verdad.

—Animo, Randall. Si conseguimos esos veinticinco mil dólares nuestro futuro cambiará.

¿Recuerdas el viejo proyecto de montar un taller automovilístico?

—¡Sueños de juventud!

—Sueños que pueden hacerse realidad.

Llegaron a la cuarta planta.

Daniels pulsó el llamador de la puerta.

La hoja de madera se entreabrió a los pocos segundos. Asomando el rugoso rostro de un anciano. Un individuo de avanzada edad que, al identificar a los dos visitantes, cerró de inmediato la puerta.

Daniels y Scott intercambiaron una mirada.

Randall Scott estaba pálido.

—Es… es…

—Sí, Randall. El abuelo.

—¡Larguémonos, Terry!

Daniels hizo caso omiso a la súplica de su compañero volviendo a pulsar el llamador. Nadie acudió a abrir la puerta.

—Maldito Slim…

—Es mejor así, Terry. ¡Larguémonos! Ya conoces a Slim. ¡Es un cenizo! ¡Un gafe!

—No digas tonterías, Randall.

—¿Tonterías? ¿Acaso has olvidado lo que nos ocurrió con él? ¡Todo sale mal estando Slim de por medio!

Daniels había sacado un billete de cien dólares.

Lo pasó bajo la puerta.

Y la hoja de madera se abrió de inmediato.

De nuevo el anciano bajo el umbral. En su sarmentosa diestra el billete de cien dólares. Y en su ajado rostro una amplia sonrisa.

—¡Muchachos,...! ¡Adelante, adelante...! No os había reconocido antes. ¿Qué es de vuestra azarosa vida?

Terry Daniels le arrebató el billete.

—¿Y tú, condenado viejo? ¿Qué haces aquí? ¿Cuándo has salido del manicomio?

—¿Manicomio? ¡Es una residencia para personas de avanzada edad!

—De acuerdo. ¿Cuándo has salido de la residencia-manicomio para chochos?

El anciano chasqueó la lengua.

Compungido.

—Eres cruel, Terry. Eres cruel con un pobre viejo que...

—¡Randall...! ¡Terry...!

Una mujer corrió por el pasillo hacia el living.

Una mujer joven. De unos veinticuatro años de edad. De atractivo rostro enmarcado por negro cabello. Su alegre carrera era amenizada por sensual bambolear de los opulentos senos ceñidos bajo el *sweater*. Las caderas, de pronunciada curva, modeladas por ajustada falda.

Se abrazó a Randall Scott y Terry Daniels.

—Hola, Kathryn.

—Hola, Kathryn — imitó Scott, aunque con voz más ronca y dando a sus saltones ojos una mirada de besugo—. Tenía muchas ganas de verte.

La mujer giró hacia Slim Hopkins.

—Eres un mentiroso, abuelo. Al preguntarte quién llamaba mencionaste al portero de The Cave.

El anciano forzó una sonrisa.

—Quería... quería darte una sorpresa.

—Vuelve a mentir, Kathryn —dijo Daniels, sonriente—.

Nos cerró la puerta en las narices. Temía que acudiéramos a pedir dinero.

—¿Sería la primera vez?

—¡Abuelo! —recriminó Kathryn—. ¡Terry y Randall son mis amigos! —Bonitas amistades...

Pasaron al contiguo salón.

—Hemos estado en The Cave, Kathryn. Buscándote.

—Ya no trabajo allí, Terry. Curtis, el director del teatro, quiso

someterme a unas pruebas… privadas.

—Y no aceptaste.

—Le envié al infierno y él correspondió con el despido. No me importó. The Cave es una pocilga. No he perdido gran cosa. Ya encontraré algo.

—Estamos aquí para ofrecerte un trabajo, Kathryn.

En el bello rostro de la muchacha se reflejó una mueca de estupor.

Contempló alternativamente a Daniels y Scott.

—¿Vosotros?

Terry Daniels asintió.

Con cínica sonrisa.

—Correcto, Kathryn. Nosotros. Si todo sale bien, hay veinticinco mil dólares a repartir. El asunto consiste en…

CAPÍTULO III

Slim Hopkins rió cascadamente.

—Eres astuto, Terry. ¿Cómo sabías que yo estaba aquí?

—Lo ignoraba, abuelo. Te hacía en el manicomio.

—¡Es una residencia, maldita sea! ¡Y si vuelves pronunciar la palabra manicomio, no cuentes con mi ayuda!

Daniels arqueó las cejas.

—¿Tu ayuda?

—No trates de disimular, hijo. Me consta que soy la pieza fundamental. Sólo yo puedo conseguir que esa tal señora Graham venda sus tierras.

Terry Daniels estaba acomodado en uno de los sillones del salón. Scott y Kathryn en el sofá. Sólo el viejo Hopkins deambulaba por la estancia.

—¿De veras, abuelo? ¿Y cómo?

El anciano volvió a reír.

Con suficiencia.

—Sólo tengo que engatusar a la vieja. Es viuda, ¿no? La conquisto, le doy promesa de matrimonio y le sugiero vender Salmac para largamos a vivir a Los Angeles o San Francisco.

Daniels parpadeó.

Desvió la mirada hacia Scott y Kathryn.

Randall Scott estaba con la boca entreabierta, mientras que la muchacha contenía con dificultad la risa.

—¿Que tú...?

—¡Maldita sea, Terry! Estás aquí por mí. Para convencerme. Y acepto el trabajo, muchacho. Quince mil dólares para mí y los diez restantes para ti y Randall. ¿Qué dices a eso?

—Abuelo...

—De acuerdo, de acuerdo... Al cincuenta por ciento y no se hable más.

Daniels se incorporó.

Tomó del brazo a Slim Hopkins obligándole a salir del salón.

—Eh, Terry... ¿Dónde...?

Daniels abrió una de las puertas del corredor. La correspondiente al cuarto de baño. Allí estaba el armario del

tocador. Con su longitudinal espejo.

Terry Daniels situó al anciano frente al espejo.

Sin pronunciar palabra alguna.

La imagen reflejada correspondía a la de un individuo de edad indefinida. Lo mismo podía tener los setenta años de edad que rondar los noventa. Aún con abundante cabello, níveo y alborotado. Orejas grandes. Dobladas hacia adelante. Rostro surcado por entrelazadas arrugas. Ojos diminutos. La nariz ancha y carnosa. De boca también grande.

Los puños de la camisa de franela a cuadros asomaban considerablemente por debajo de la chaqueta. Pantalones anchos con tendencia a caer. Las piernas algo arqueadas. Más bien torcidas. Como las de un vaquero reumático.

Slim Hopkins trató de sonreír.

Forzó una mueca que dejó al descubierto su boca de salteados dientes.

Terry Daniels ya había retoricado al salón dejándose caer nuevamente en el sillón. A los pocos minutos hizo su entrada Slim Hopkins. Con la cabeza inclinada. Arrastrando los pies. Sin atreverse a alzar la mirada ni despegar los labios.

—Bueno, Kathryn —dijo Daniels, encendiendo un cigarrillo—. Esa es la misión que nos ha sido encomendada. Hacer que la señora Graham venda sus tierras. ¿Se te ocurre algo?

La muchacha sonrió.

—No, pero tú sí tienes algo en mente. Por eso estás aquí. Y parece ser que necesitas de mi colaboración.

Terry Daniels asintió correspondiendo a la sonrisa femenina.

—Correcto, Kathryn. El plazo para la presentación de proyectos al Clover Center finaliza dentro de unas semanas. Hay tiempo más que suficiente para convencer a la señora Graham de que el Salmac Hotel es un negocio ruinoso. Creo que ahí está la solución al problema. La economía de la señora Graham no es muy saneada. Y ha invertido mucho en transformar su casa en hotel. Está rodeada de deudas. Si el negocio fracasa, si no hay clientes... terminará por vender.

—Brooksville no me parece un lugar de turismo.

—No lo es, Kathryn, pero el terreno de la señora Graham reúne unas características especiales. Bosque, arroyo, paz, tranquilidad...

Lo cierto es que el Salmac Hotel ya cuenta con algunos clientes. Mi idea es ahuyentarlos. Hacer que salgan de allí y que ningún cliente se atreva a pisar el Salmac Hotel.

—¿Cómo conseguir eso, Terry? —inquirió Scott.

Daniels no respondió.

Se incorporó abandonando el salón.

Randall Scott comenzó a sacudir la cabeza.

—Terry es demasiado reservado y misterioso. ¿Crees que me pide consejo, Kathryn? ¡Oh no…! Él es el inteligente. Yo también tengo ideas. Y me gustaría comunicarlas. Incluso no me parece del todo descabellado lo de Slim.

El anciano, que se había refugiado en un rincón de la estancia, alzó la cabeza. Con una significativa mueca reflejada en el rostro.

—Gracias, Randall…

—Hablo con sinceridad, abuelo. Conquistando a esa vieja, el resto sería fácil. Cierto que tú eres un despojo humano, pero deduzco que la tal señora Graham ya no se presenta a concursos de belleza. El asunto es… ¿qué te ocurre, Slim?

El anciano había agrandado sus diminutos ojos.

Pálido.

Con una expresión de terror desencajando sus facciones.

—Ah… ah…

Slim Hopkins había extendido su diestra.

Temblorosa.

Señalando hacia Scott.

Sin conseguir articular palabra alguna.

—¿Qué diablos…?

Randall Scott giró la cabeza.

Enfrentándose con la fantasmal figura agazapada tras el sofá.

Una cabeza rapada. Unos ojos carentes de pupilas. Dos esferas blancas. De satánico brillo. De la boca asomaban dos afilados colmillos. Uno de ellos ensangrentado…

Un negro manto cubría a la monstruosa aparición.

Scott saltó del sofá como impulsado por un resorte.

Profiriendo un alarido de inmediato coreado por Slim Hopkins.

La precipitada carrera de Randall Scott hacia la puerta también fue imitada por el anciano.

Se detuvieron al oír la sonora y divertida carcajada de Kathryn.

—Magnifico, Terry. Te felicito.

Randall Scott y Slim Hopkins giraron lentamente.

El fantasmagórico personaje había arrojado el negro manto sobre el sofá. Resultó ser una femenina bata de seda. Procedió a quitar también la adherida piel que recubría su cabeza descubriendo el rebelde pelo de Daniels. Luego las lentillas de los ojos. Y los colmillos...

Apareciendo el sonriente rostro de Daniels.

—¿Y bien?

—¡Maldita sea tu estampa, Terry! —gritó Scott—. ¡Has podido matarme del susto!

—Yo... yo... lo descubrí enseguida —tartamudeó Hopkins—, A mí no me has engañado, hijo. Seguí tu juego, ¿sabes?

—¿Qué opinas tú, Kathryn? —pregunt6 Daniels.

La sonrisa aún se mantenía en la joven.

—Lo dicho, Terry. Perfecto.

—Esto ha sido sin preparación alguna. Sólo unas cositas que guardé en el bolsillo, pero he efectuado unas fabulosas compras. Espeluznantes prótesis, máscaras y postizos de piel casi humana, maquillajes, ropas... Todo un muestrario del horror. Me he gastado unos buenos dólares, pero creo que dará resultado. Si lo he conseguido con unas simples lentillas y colmillos... imaginad ver aparecer a un perfecto doble del conde Drácula o al mismísimo hombre lobo.

—¿Cuál es tu plan, Terry? ¿Asustar a los clientes del Salmac Hotel?

—Sí, Kathryn. Y para ti tengo el papel de la más atractiva y satánica mujer-vampiro, de bruja, de espíritu del Más Allá... Te considero capaz de representar a todos esos personajes. Randall y yo haremos el resto.

—Creo que no es necesaria mi...

—Sí lo es, Kathryn —interrumpió Daniels—, Disfrazarse de horripilante monstruo, aparecer y desaparecer, es fácil; aunque no del todo convincente. Tú asumirás lo más importante de la representación. Tú proporcionarás la atmósfera de verdadero terror en el Salmac Hotel. Un espíritu que habla, que susurra con voz de ultratumba... Eres actriz y puedes hacerlo, Kathryn.

—¿Y qué infiernos hago yo? ¿Cuál será mi disfraz?

—Tú al natural, abuelo —rió Scott—. Es más que suficiente.

Terry Daniels denegó con un movimiento de cabeza.

—Tú no entras en el plan, Slim. No esperaba verte aquí. Debes regresar al mani... a la residencia y...

—Eso no puede ser, Terry —intervino Kathryn—. Al abuelo lo han expulsado de la residencia.

—¿Por qué? ¿Acaso no hablas pagado todo el año?

—Sí, Terry, pero Slim faltó a una serie de normas consideradas graves. Pasó clandestinamente Varias botellas de whisky y todo su pabellón se emborrachó. No era la primera vez. Luego introdujo una colección de revistas pornográficas en el pabellón de mujeres y...

—¡Mi colección! —exclamó Scott—, ¡Apuesto que se trata de la colección que me desapareció!

—Lo cierto es que Slim ya no puede regresar a esa residencia —siguió Kathryn—, Y yo no dispongo de dinero para su ingreso en otra residencia de ancianos. Es necesario el pago anticipado de un trimestre y un elevado depósito.

—¡No quiero ir a otra residencia, Kathryn! Tú me habías prometido...

—Prometí cuidar de ti mientras permaneciera sin trabajo, abuelo. Si estoy de gira o actuando en un teatro, con ensayos durante el día, representaciones en la noche...

—Ahora no tienes trabajo, Kathryn.

—Acabo de ser contratada por Terry.

—¿Y qué hago yo? —gimió el anciano—. ¿Pegarme un tiro? No puedo quedarme aquí solo, Kathryn. Soy un manazas.

La muchacha ahogó un suspiro.

—Sí, eso es cierto... No puedo dejar al abuelo.

—Nuestro trabajo será cuestión de días, Kathryn —argumentó Daniels—. Como máximo una semana. Tiempo suficiente para crear una atmósfera de terror alrededor del Salmac Hotel. Se correrá la voz por Brooksville. Nosotros nos encargaremos de ello. Slim puede quedar esa semana en un hotel de aquí, de San Francisco.

—Hay hoteles caninos —volvió a gimotear el anciano—.

Buscadme uno. Sí... dejadme allí como a un perro vagabundo y piojoso.

—Abuelo...

—No, no te preocupes por mí, hija. Lograré sobrevivir hasta tu

regreso. Si muero quiero ser enterrado en…

—¡Está bien, maldita sea! —exclamó Daniels—. Te vienes con nosotros, Slim.

Randall Scott se llevó las manos a la cabeza.

—¡No, Terry…! ¡No puedes hacer eso…! ¡Saldrá mal el asunto con Slim de por medio!

El anciano rió por lo bajo.

Palmeando la espalda de Daniel.

—Gracias, hijo. Y tranquilo. Puedo resultar de mucha ayuda.

—¡Es gafe…! ¡Es gafe…!

—Ya basta, Randall — suspiró Daniels—, Está decidido. Los cuatro nos largamos a Brooksville. Puede que sea mejor así. No despertaremos sospechas en la señora Graham ni en el servicio del hotel. El abuelo y yo saldremos ahora mismo. Vosotros dos emprenderéis viaje mañana. No es prudente presentarnos todos a un mismo tiempo.

¿Dispones todavía de tu Ford?

Kathryn sonrió.

—Sí, Terry.

—Perfecto. Tú y Randall os presentáis mañana como una pareja de novios en busca de un hotel solitario y tranquilo. Abuelo…

—Dime, Terry.

—Prepara tu equipaje. Nos largamos ahora. Viajando sin prisa, llegaremos de madrugada a Brooksville. Nos presentaremos en el Salmac Hotel para la hora del desayuno.

Slim Hopkins comenzó a dar saltos por el salón.

Como una cabra loca.

—Ya basta, abuelo —sonrió Kathryn—. Te ayudaré a preparar el equipaje. Será cuestión de minutos, Terry.

Hopkins y la muchacha abandonaron el salón.

—Terry…

Daniels hizo una mueca.

—Sí, Randall. Lo sé. El abuelo es gafe, pero no había otra salida. Necesitamos a Kathryn. Y ella no abandonaría aquí al abuelo. Crucemos los dedos para espantar a la mala suerte.

Scott lo hizo.

Cruzó los dedos de ambas manos.

Aquello no iba a resultar suficiente.

La suerte ya estaba echada.

CAPÍTULO IV

Terry Daniels arrojó furioso la vacía cajetilla de tabaco. Acompañándola de un variado repertorio de maldiciones.

Slim Hopkins hizo una mueca.

—Adelante, Terry. Suéltalo ya. Soy un cenizo, ¿no es eso?

Daniels estaba dando patadas al árbol.

Giró hacia el anciano.

—¿Un cenizo? ¿Tú cenizo...? ¡Oh, no! Son cosas que pasan. El Century tiene ya sus buenos años. Son lógicas las averías. Seis. Seis averías en el recorrido. Afortunadamente el motor de un coche no tiene secretos para mí. ¿Pinchar una rueda? También es lógico. ¿Pinchar otra vez y tener que ir en busca de taller? Cosas que pasan. ¿Pinchar por tercera vez? ¿Y a pocas millas de Brooksville? Simple mala suerte, Slim. Eso es. ¿Cenizo...? ¡Por favor...!

Hopkins sonrió.

—Gracias, hijo. Por un momento pensé que me...

—¡Maldita sea tu estampa, abuelo! Contigo no se puede andar más de dos pasos.

Randall estaba en lo cierto. Eres la desgracia personificada. Cada vez que...

—Un coche, Terry. ¡Un coche!

El anciano salió de la cuneta.

A cortos y rápidos saltos.

Comenzó a mover los brazos.

El auto se aproximaba a gran velocidad. Pasó como una exhalación, aunque frenó a las pocas yardas. Con estridente chirriar.

Se trataba de un Pontiac «Astre». Coupé de dos puertas y cuatro plazas. En llamativo color rojo.

—¡Eh, Terry...! ¡Se ha detenido!

—Sí, maldita sea... Un poco más y serian Randall y Kathryn quienes nos llevaran. ¡Hemos perdido horas y horas! Eres la cosa más ceniza que...

Daniels enmudeció.

Parpadeó repetidamente.

Y no por efectos del sol, sino deslumbrado por la belleza que había descendido del Pontiac.

Una jovencita. De unos veinte años de edad. Luciendo una ceñida camiseta de algodón y cortos *shorts*. Todo un espectáculo. Los senos, presionados por la tela, marcaban provocativamente su erecto pezón. Piernas de largos y mórbidos muslos deliciosamente bronceados. El rostro femenino era atractivo, sensual, con una abierta sonrisa.

—¿Podemos ayudarles?

—Hemos sufrido un pinchazo y no tenemos rueda de recambio — dijo Hopkins—. Íbamos camino de Brooksville.

—Brooksville es nuestro destino. Pueden subir.

—¡Un momento, abuelo! —llamó Daniels—, Espera…

—¿Qué ocurre?

Terry Daniels se adelantó hacia el Pontiac.

Y volvió a parpadear. Más que admiración, en sus ojos se reflejó estupor. Una segunda belleza, aún más radiante, se situaba al volante del vehículo. Una muchacha de rostro ovalado, perfecto, con unos ojos verdes de acariciador mirar, con una mata de sedoso pelo azabache, un frágil cuello entroncando con un cuerpo seductoramente proporcionado. La joven también en *minishorts* y con blusa anudada bajo el busto.

Sonrió a Daniels.

Consciente del examen a que era sometida.

—¿Y bien?

Daniels sacudió la cabeza.

—¿Bien…? ¡Maravillosa! Empezaba a renegar de mi buena estrella y el cielo me envía dos de sus más encantadores ángeles. Soy Terry Daniels. El abuelo se llama Slim.

—Janis Little —dijo la muchacha del volante—. Y mi amiga Paula Wilder.

—¿Cómo va el portamaletas?

—A rebosar.

Daniels hizo un gesto de contrariedad.

—No puedo dejar aquí mi equipaje. Abuelo…

—¿Sí, Terry?

—Te quedas aquí. Enviaré a recogerte desde Brooksville.

—¡Eh, un momento! —exclamó Janis—, ¿Piensas dejar aquí a tu abuelo? ¿Bajo este sol?

—No hay problema. Aquel árbol le proporcionará sombra.

Además, Slim es como una lagartija. Le gusta el sol.
—No vamos a consentir que el abuelo se quede —dijo Janis, con firme voz—.
¿Verdad, Paula?
—Por supuesto que no.
—El equipaje...
—El abuelo viene con nosotras —interrumpió Janis—, El avisará en el taller de Brooksville y pasarán a recogerte.
Daniels denegó con un movimiento de cabeza.
—Nada de eso. No confío en Slim. Es un... es muy despistado.
—Tonterías. El abuelo se viene con nosotras. El abuelo... o ninguno.
—Está bien —decidió Terry Daniels—. Los dos. ¡Nos vamos, abuelo! Dudo que alguien más pase por esta solitaria carretera y se le ocurra parar a registrar mi auto.
—¿Tienes cerrado con llave el maletero?
—Sí, Slim... Anda, sube.
El anciano se acomodó en el asiento trasero del vehículo.
Al igual que Daniels. Paula entró en último lugar retornando el asiento delantero a su posición horizontal.
El Pontiac inició la marcha.
—¿Sois de Brooksville? — preguntó Hopkins.
—No. Estamos realizando un trabajo —dijo Janis Little—. Pertenecemos a la Fundación Ecologista Springs de Los Angeles. Paula y yo somos periodistas. Tenemos como misión un estudio sobre los peligros contaminantes y ataques ecologistas que se realizan actualmente en California. También proyectamos el trazado de una ruta para amantes de la Naturaleza. Un itinerario para aquellos que buscan lugares limpios y puros.
—Valiente estupidez.
El comentario de Daniels hizo que los verdes ojos de Janis se posaran en el espejo retrovisor interior. Dirigiéndole una severa mirada.
—¿Eso crees, Terry? La Fundación Ecologista Springs ha editado una Guía de la Naturaleza. En ella se describen lugares desconocidos, paraísos perdidos, valles paradisíacos, montañas, ríos... Lugares todavía no emponzoñados por la mano del hombre. De esa guía se han publicado millones de ejemplares, Terry.

Millones. Por todos los EE.UU, y Europa. Los amantes de la Naturaleza han construido sus casas en esos maravillosos lugares. Muchas estrellas de Hollywood escapan dé la peligrosa jungla de asfalto y se dejan aconsejar por la Guía de la Naturaleza.

—Millones de ejemplares...

—Sorprendido, ¿eh?

—Cierto. Tenía entendido que todo buen ecologista luchaba contra la contaminación del medio ambiente. Con esa guía, delatando la existencia de lugares maravillosos, acudirá la gente en manadas. Construyendo *bungalows* en los paradisíacos lugares.

Luego un supermercado. Más tarde un taller de reparaciones. La gasolinera. Un motel.

Escuelas... Y del lugar maravilloso no quedará absolutamente nada.

Janis y Paula intercambiaron una mirada.

Fue Janis quien respondió.

—Muy gracioso, Terry. La Guía de la Naturaleza está destinada a las familias que desean pasar un *week-end* feliz, seguras de encontrar el lugar ideal. El poder construir un *bungalow* queda para las minorías.

—Comprendo. «Guía de la Naturaleza para forrados de dólares».

Paula giró en el asiento.

Furiosa.

—No me gusta tu...

—Déjale, Paula —intervino Janis—, ¿No te das cuenta? Es un individuo amargado. El clásico pesimista. Un cenizo.

Slim Hopkins comenzó a reír por lo bajo. Enmudeció ante la mirada dirigida por Daniels.

Paula se percató de ello.

—También tiene atemorizado al pobre abuelo, Janis.

—No me sorprendería.

Paula giró por completo en el asiento. Colocándose de rodillas. Apoyando los brazos en el respaldo. Con los prominentes senos oscilando hacia Daniels.

—¿Eres feliz, abuelo?

—¿Yo...? Oh, sí... Mucho, hija. He estado internado en un manicomio, pero Terry me lleva ahora a un bonito hotel de Brooksville.

—¿En un…?

Las muchachas posaron sus ojos en Daniels.

Con enojado semblante.

—¡Eh, Janis…! No apartes tus lindos ojos de la carretera —sonrió Terry Daniels—.

Quiero llegar sano y salvo a Brooksville.

—Jamás me equivoco al juzgar a una persona, Terry. Y tú, desde el principio, me has parecido un ser despreciable. Slim Hopkins continuaba riendo por lo bajo.

Un cartel en la carretera anunciaba la proximidad de

Brooksville. Y también el emplazamiento de un taller-gasolinera a poco menos de una milla.

—Voy a pedir en ese taller que se hagan cargo de mi auto —dijo Daniels—, ¿Puedes darme un cigarrillo, Paula?

—¡No!

La seca y contundente respuesta de la muchacha hizo retornar de nuevo la risa a Hopkins.

Pronto divisaron el taller-gasolinera.

Janis frenó el vehículo. Sin aproximarse a los surtidores.

Terry Daniels descendió del Pontiac cruzando la carretera en dirección a la gasolinera.

Descubrió la máquina expendedora de tabaco.

Mientras rebuscaba las monedas salió el individuo de la caseta.

—Buenos días.

—Buenos días —respondió Daniels, consiguiendo la cajetilla de Pall Mall—. ¿Mucho trabajo?

El individuo sonrió.

—El patrón todavía duerme a estas horas. Mi compañero Ralph y yo competimos en bostezos.

—Tengo un pequeño problema. Mi auto. Un Buick «Century». Quedó en la carretera a unas diez millas aproximadamente. Con una rueda pinchada.

—¿Un «Century»…? Puede dar por solucionado el problema. Enviaré a Ralph. ¿Se acerca con nosotros o prefiere que remolquemos el auto?

—Lleven mi auto al Salmac Hotel. Allí me encontraran.

La sonrisa se borró del individuo.

Bruscamente.

Fue reemplazada por una tenue palidez.

—¿Al... al Salmac Hotel?

—Eso es. ¿Ocurre algo?

El individuo se esforzó en que la sonrisa retornara a sus labios. Sin éxito. Continuó pálido. Perlando su frente de diminutas gotas de súbito sudor.

—Bueno... yo... tengo que consultar y... Espere aquí.

Terry Daniels contempló perplejo la rápida retirada del individuo. Precipitadamente se introdujo en la caseta-vivienda.

Retornó a los pocos minutos.

Aún más pálido.

—Resulta... resulta que... lo había olvidado. Tenemos un trabajo por realizar. Una reparación urgente, ¿comprende? Es... es imposible desplazarnos hasta... hasta el Salmac Hotel.

—Si puede enviar a la grúa, ¿no? En menos de una hora remolcan mi Buick hasta aquí.

La reparación del neumático...

—Imposible —interrumpió el individuo, nerviosamente— La grúa... la grúa no funciona. Disculpe. Tengo mucho trabajo. Buenos días.

—Pero...

El individuo giró sobre sus talones encaminándose a grandes zancadas hacia la caseta. Terry Daniels, tras unos instantes de perplejidad, se encogió de hombros retornando al Pontiac.

—¿Solucionado, Terry?

—No, abuelo. Están muy ocupados. Parece ser que no les he caído simpático.

—¡Qué extraño! —exclamó Janis, con marcada ironía — ¿vamos al Salmac Hotel?

Daniels arqueó las cejas.

Fijando la mirada en la muchacha.

—No es necesario, Janis. Puedes dejarnos en Brooksville.

—El abuelo nos ha hablado del Salmac Hotel —sonrió Paula, entusiasmada— ¡Debe de ser un lugar maravilloso! bosque, arroyo... ¡Y desconocido para nosotras! Si en verdad es un remanso de paz lo incluiremos en nuestra guía californiana de la naturaleza. Teníamos proyectado pernoctar en Brooksville. En el hotel de la ciudad, pero cuando Slim nos habló de ese otro hotel... Está decidido. Nos

instalaremos también en el Salmac Hotel.

Daniels desvió los ojos hacia el anciano.

Fulminándole con la mirada.

—¿He… he hecho algo malo, Terry?

Daniels contó mentalmente hasta diez.

Dirigió una forzada sonrisa a las muchachas.

—Chicas… el abuelo os ha engañado. El Salmac Hotel es un pésimo establecimiento. Sin servicio adecuado. Y de muy mala reputación. No es el más apropiado para dos distinguidos miembros de la Fundación Ecologista Springs.

—El Salmac Hotel —respondió Janis, muy decidida—. El hecho de estar en pleno bosque ya es más que suficiente motivo para desplazarnos hasta allí. Si no resulta de nuestro agrado, regresaremos a Brooksville y no será incluido en la Guía de la Naturaleza de California.

—Creo que…

Terry Daniels enmudeció ante el rugir del motor del Pontiac al arrancar con brusquedad.

Janis había presionado a fondo el pedal del gas.

A poco más de cinco minutos de recorrido, en una bifurcación de la carretera, descubrieron el cartel anunciador del Salmac Hotel.

Sobre la flecha indicadora aparecía grabado un extraño dibujo. Un escudo. Una cabeza de león. Dos ojos muy grandes y desencajadas fauces. Con una expresión demoníaca y salvaje.

Janis hizo ademán de girar el volante hacia la desviación.

—Un momento, Janis… Por favor —dijo Daniels—. Ya casi estamos en Brooksville. Déjame buscar una casa de recambios y regresaré en busca de mi auto.

—¿Y voy a llevarte yo?

—Te pagaré la gasolina.

—Te consideras muy gracioso, ¿verdad? No estoy dispuesta a servirte de…

—Hazlo por el abuelo.

—Si vamos a instalarnos en el Salmac Hotel, antes debemos realizar algunas compras —intervino Paula—. Yo puedo ocuparme de eso en Brooksville. Ayudada por Slim. Tú y Terry solucionad lo del auto.

Janis asintió.

Con gracioso mohín.

—Está bien… ¡De acuerdo! ¿Satisfecho ya, Terry?

Daniels no respondió.

Había ladeado la cabeza para dirigir una última mirada al extraño escudo del Salmac Hotel.

CAPÍTULO V

Janis Little estaba apoyada en el árbol. Bajo la protectora sombra. Mordisqueando unas hierbas.

Daniels se aproximó.

Sonriente.

—Bien... Solucionado.

—Te he estado observando, Terry. Todo un artista. Un cambio de neumático rápido y limpio. Apuesto que tu trabajo está relacionado con el ramo del automóvil.

—No, pero sí soy un experto en mecánica. Es algo que me gusta.

—¿A qué te dedicas?

—Administración. Soy albacea de la fortuna del abuelo. En Salmac Hotel pienso asesinarle para quedarme con la herencia.

—Muy gracioso. ¿Nos vamos?

—Espera...

Terry Daniels alargó los brazos. Apoyando las manos en el grueso tronco del árbol. Encerrando entre sus brazos a Janis.

Los ojos de Daniels recorrieron con deliberada insolencia el cuerpo femenino. Empezando por los carnosos labios. Luego el delicado cuello, los erectos senos protegidos por la anudada blusa, la franja de piel al descubierto... Una piel suave y de tenue bronceado. Con el hoyuelo del ombligo al aire. Los *shorts* mostrando los esbeltos muslos...

—¿Sabes una cosa, Janis? La Fundación Ecologista Springs ha encontrado en ti a su mejor representante. Toda tú eres vitalidad... rebosante de salud... No hay duda de que la madre naturaleza ha sido generosa contigo.

—Déjame pasar.

—Voy a darte un beso, Janis. Como agradecimiento a todo cuanto has hecho por mí. A todas las molestias que...

—Gritaré.

Daniels sonrió.

—¿Gritar? ¿Por qué? Además... Estamos solos, Janis. Esta carretera es de muy poco tráfico.

—Eres un caballero, Terry. No te atreverás.

—¿Un caballero...? ¿Yo...?

Daniels fue flexionando los brazos.

Aproximándose a Janis.

Llegó a rozar con sus labios la boca de la muchacha.

Sólo eso.

Terry Daniels se dobló por la cintura a la vez que agrandaba los ojos. Boqueando. Ahogando un grito de dolor. Llevando instintivamente sus manos al bajo vientre. Lugar donde Janis le había propinado él rodillazo.

—Janis… es… espera…

La voz de Daniels, apenas audible, no fue escuchada.

La muchacha corrió hacia el Pontiac. Se situó frente al volante iniciando de inmediato la veloz salida del vehículo.

Terry Daniels quedó apoyado en el árbol.

Recuperando poco a poco la respiración.

Minutos más tarde, ya con algo de color en el rostro, encendió un cigarrillo.

Permaneció junto al árbol. Hasta terminar el cigarrillo.

Se dirigió hacia el Buick.

En un caminar todavía algo encorvado.

Se acomodó en el asiento del auto.

Ni por un instante pasó por su mente el dar alcance a Janis. Su castigado «Century» no podía competir con el vehículo de la muchacha.

Abrió las ventanillas antes de iniciar la marcha.

El sol ya brillaba en lo alto del horizonte. Descargando con virulencia sus rayos en un agostador día.

Fue al pasar por la bifurcación.

Por el camino que conducía al Salmac Hotel.

Terry Daniels volvió a posar la mirada en aquel emblema. En aquella cabeza de león de desencajadas fauces. Los ojos, tal vez por efectos del sol proyectado sobre el metálico cartel, relampaguearon. En un destello casi cegador.

Daniels sintió un escalofrío.

Acusó una súbita bocanada de aire frío. Casi glacial. Una ráfaga que penetró por la ventanilla del auto.

Aunque no fue realmente aquello lo que hizo estremecer a Daniels.

Fueron los ojos del león.

Unos ojos que parecían seguirle con la mirada.

Terry Daniels, instintivamente, pisó a fondo el pedal del gas. El viejo motor del Century rugió acusando el esfuerzo.

No aminoró la marcha.

Tan sólo al divisar los primeros edificios de Brooksville. Una longitudinal y arbolada avenida dividía en dos la ciudad. Desembocando en un parque de donde nacían las más importantes calles de Brooksville.

No había mucho tráfico.

Ya era la hora del almuerzo.

Daniels circundó el parque estacionado frente al entoldado del restaurante Rhone. En una de las mesas de la terraza se encontraba Slim Hopkins. Saludó agitando cuchillo y tenedor.

Daniels descendió del vehículo.

Acudiendo junto al anciano.

—¿Dónde están las chicas?

—¿Las chicas? —farfulló Hopkins, con la boca llena— Se largaron. Llegó Janis y no quiso esperar para que almorzáramos juntos tal como habíamos planeado.

—Tampoco tú me has esperado. —Tenía hambre, hijo.

Terry Daniels se sentó a la mesa.

Fijando la mirada en el plato de Hopkins.

El *beefsteak* casi cubría por completo el plato. Bañado en una salsa roja y picante.

—¿Cómo diablos puedes comer eso?

—Tengo pocos dientes, pero buenos. Te aconsejo el *beefsteak*. Tierno como una colegiala de Boston.

Terry Daniels consultó la lista del menú.

También él tenía hambre. Después de una infernal noche conduciendo, con averías por doquier y con el solo alimento de un café en una gasolinera de Starke Hill. Se decidió por uno de los platos combinados especiales.

—¿Qué le has hecho a Janis, hijo? Llegó echando pestes contra ti.

Daniels hizo una mueca.

—Ese era precisamente mi deseo. Tenía que enmendar tu estupidez, abuelo. ¿Para qué estamos aquí?

—Para comer.

—¡No, maldita sea! ¡Hablo del Salmac Hotel!

—Ah, ya... Tenemos que ahuyentar a los clientes.

—Correcto. Ahuyentarles —deletreó Daniels—. ¿Y qué haces tú? Hablar a las chicas de las excelencias del Salmac Hotel. Y ellas deciden cambiar de hotel y acudir al Salmac.

—Fue algo involuntario, Terry. Comentaron que se iban a instalar en el Macon Hotel de Brooksville. Entonces yo les mencioné el Salmac y...

—Ya lo he solucionado. Aprende a tener la boca cerrada, abuelo.

—¿Solucionado?

Terry Daniels interrumpió el iniciado ademán de llevarse la jarra de cerveza a los labios.

Fijó los ojos en Hopkins.

—Supongo... supongo que Janis y su amiga se han quedado aquí. En el hotel de Brooksville. Así evitan el tropezarse conmigo y...

—No, Terry. Se largaron al Salmac Hotel.

—¡Condenado seas, abuelo!

—No te enfades, hijo. Yo no...

—¿Mencionaron el tiempo que pensaban estar en el hotel?

Hopkins tragó con dificultad.

—Una... una semana... Tal vez más. Quieren que el Salmac Hotel sea su cuartel general.

Desde allí partirán en busca de itinerarios y demás para la guía de la Naturaleza. —Una semana... ¡Has proporcionado al Salmac Hotel dos clientes para una semana! —No me riñas, Terry.

—¡Vete al diablo!

—Sí, Terry.

—¡Y termina de una vez! Sería vergonzoso que llegaran Randall y Kathryn antes que nosotros.

Slim Hopkins asintió con un repetido movimiento de cabeza a la vez que mojaba pan en la salsa roja.

El anciano fue obediente. Se ventiló el plato en cuestión de minutos. Luego atacó a un descomunal postre compuesto por flan, piña, nata y fresas.

Terry Daniels, que había pasado de postre y culminaba el almuerzo con una taza de café y brandy, contemplaba con estupor al anciano.

—Ahora comprendo perfectamente lo de tu expulsión de la residencia. ¡Dejabas a los demás sin comida!

—Yo siempre he tenido un buen saque, hijo. Recuerdo que en cierta ocasión…

—Cierra la boca que salpicas.

Terry Daniels hizo una seña al camarero indicándole la presentación del ticket de consumición.

Añadió un par de dólares de propina.

—Muchas gracias, señor.

—Un momento… Somos forasteros. ¿Qué hotel nos recomienda?

—El Macon, señor —sonrió el individuo—. No hay otro en Brooksville. Alguna que otra pequeña pensión, pero hotel propiamente dicho, sólo el Macon.

—Me hablaron del Salmac Hotel.

La sonrisa se heló en el rostro del camarero. Una súbita palidez se adueñó de sus facciones. Dirigió rápidas miradas a izquierda y derecha. Como si temiera ser escuchado.

—No… no conozco ese hotel, señor… Disculpe.

El individuo se alejó.

Presuroso.

—¿Por qué preguntas por el Salmac Hotel? —inquirió Hopkins, tras un sonoro eructo —. Hemos visto el cartel de…

—Lo sé, abuelo, lo sé… Es curioso…

—¿El qué?

Daniels sonrió.

—Sospecho que nuestro trabajo va a resultar muy fácil. El Salmac Hotel, al menos en Brooksville, no goza de mucha popularidad. Mencionarlo es como hablar del mismísimo diablo… diablo.

Terry Daniels no se equivocaba.

Infierno y Salmac Hotel eran sinónimos.

* * *

El camino se iba haciendo paulatinamente más estrecho y tortuoso. Al principio, en su inicio de la carretera, había un corto

tramo asfaltado. Luego era tan sólo grava y arena. Únicamente con espacio para un coche.

En pronunciada pendiente que iba circundando la montaña. Con peligrosas curvas bordeando rocosos desniveles.

—Maldita sea... ¡Me estoy mareando, Terry!

Daniels también comenzó a maldecir como un poseso.

—¡Esto es un camino de cabras! Me sorprendería que el Clover Center llegue a interesarse por...

Terry Daniels se interrumpió.

El Century había culminado milagrosamente el montículo.

Y desde allí era visible el majestuoso panorama. Bañado por los ya rojizos rayos del sol que comenzaba a declinar. El verde valle protegido por montañas, los frondosos árboles del bosque, el alegre discurrir del arroyo serpenteando por la llanura...

Eran varias las vías posibles de acceso al valle.

—Bonito, ¿eh, Terry?

—No comprendo... Fíjate, abuelo. Allí. Aquella especie de desfiladero. Casi comunica directamente con Brooksville. Sin necesidad de bordear la montaña. Está taponado. —Puede que ése sea uno de los caminos que proyecta abrir el Clover Center.

Daniels asintió.

—No sólo ése, Slim. Un Clover Center no se instala para un villorrio como Brooksville, pero comunicando con la ciudad tiene también acceso a la carretera. Y desde ella a Selma City, Kelly Creek, Dumasville... También puede trazar una vía al Oeste.

Enlazando con la zona de Mena City y alrededores. Ciertamente éste es un buen lugar. Terry Daniels, que había detenido el auto, reanudó la marcha.

Ahora en descenso.

Hacia el paradisíaco valle.

—Sigo sin comprender ese bloqueado desfiladero. Sería un magnífico atajo. Casi en contacto con Brooksville. Y apuesto que no se requiere mucho esfuerzo para abrirlo.

—Mejor para nosotros, ¿verdad, hijo? Si hay dificultades para llegar al Salmac Hotel, menos clientes acudirán.

El auto circulaba ya por la planicie.

El anciano asomó la cabeza por la ventanilla.

—¡Infiernos...! Es como si se hubiera ocultado el sol.

En efecto.

Al adentrarse en el bosque, los árboles extendían sus ramas sobre el camino.

Oscureciéndolo. Unas ramas que se alargaban como fantasmales brazos de gigante.

Daniels detuvo nuevamente el vehículo.

—¿Qué ocurre, Terry…? ¿Un pinchazo?

Terry Daniels descendió del Century.

Imitado por el anciano.

—Oye, hijo… ¿qué diablos…?

Hopkins enmudeció.

Alzó la cabeza trazando una semicircular mirada a su alrededor. Comprendió lo que ocurría. Lo que había intrigado a Daniels.

El silencio.

Un silencio total.

—¿Dónde… dónde están los pájaros?

—¿Pájaros? Fíjate, abuelo… Ni tan siquiera se mueven las hojas de los árboles. Ni lo más mínimo.

—Esto no me gusta, Terry. Regresemos a casa. ¡A San Francisco!

Daniels rió en divertida carcajada.

—Debemos espantar a los demás, abuelo. No salir corriendo nosotros. Anda, sigamos.

Al final del bosque divisaron el caserón.

Emplazado en el centro de la planicie. Cercado por el bosque. Sobre una verde explanada. Varios árboles alrededor de la casa. Altos Cipreses que se agitaban abanicados por el viento. A poca distancia un improvisado *parking.* Con capacidad para una veintena de autos en batería.

Terry Daniels enfiló hacia allí.

—Ahí está el Pontiac de las chicas.

Daniels hizo una mueca.

—Sí, maldita sea… y ahora mira aquel Ford.

—¡Es el «Maverick» de mi nieta!

—Han llegado antes que nosotros, abuelo ¡Vergonzoso!

Daniels estacionó en el parking.

Quitaba la llave de contacto cuando sonó la voz.

Junto a la ventanilla de Slim Hopkins.

—Buenas tardes…

El anciano soltó un grito.

Impresionado por la fealdad del individuo que había abierto la portezuela del auto. Un jorobado. Con desproporcionada cabeza pegada al cuerpo. Sin cuello. Esa era la sensación que causaba. Grandes cejas. Una verdosa cicatriz le cruzaba el rostro. Desde el ojo izquierdo hasta casi rozar el lóbulo de la oreja derecha.

Daniels dirigió una severa mirada al anciano.

Recriminando su infantil grito.

Descendió del vehículo sonriendo al jorobado.

—Buenas tardes.

—¿Tienen equipaje?

—¿Cómo...? Ah, si...

—Me encargaré de él.

Terry Daniels abrió el maletero para seguidamente encaminar sus pasos hacia el caserón.

Seguido de Slim Hopkins.

—Ese fulano me asustó, Terry. Al asomar su cabezón por la ventanilla no pude dominar un... un...

El anciano comenzó a balbucear.

Sin conseguir articular ninguna otra palabra.

Contemplando con espantados ojos la figura surgida bajo el porche.

La casa era grande. Antigua, aunque de sólida construcción. En bloques de piedra. De dos plantas. La fachada principal recubierta de hiedra. Hasta el tejado. Respetando únicamente los ventanales de las habitaciones.

Junto a la entrada, en la parte superior y grabado en piedra, el escudo. El emblema.

Aquella cabeza de león de desencajadas fauces y ojos desmesurados.

Lo que había impresionado a Hopkins era la mujer.

Como un esqueleto andante.

Extremadamente delgada.

Una enlutada anciana surgida bajo el porche. Con su sarmentosa piel materialmente pegada a los huesos. En aquel ajado rostro destacaban unos ojos de sempiterno brillo. La nariz ganchuda. La sonrisa siniestra...

Era como la maligna bruja de un cuento de hadas.

—Bienvenidos al Salmac Hotel...

La voz de la mujer, una voz ronca y de ultratumba, incrementó aquella impresión.

Parecía la muerte personificada.

Felicitándoles por la llegada al Averno.

CAPÍTULO VI

La mujer sonrió a la vez que abría el libro de registro sobre el mostrador.

—Soy Leigh Graham... Disculpen si no encuentran todas las comodidades que merecen.

He transformado recientemente mi casa en hotel.

Terry Daniels estampó su firma en el libro de registro.

—No buscamos comodidades, sino tranquilidad. Y sospecho que hemos dado con el lugar adecuado. Mi abuelo sufre de los nervios. Necesita mucha paz y reposo.

Los saltones ojos de la mujer se posaron en Hopkins.

—Aquí encontrará reposo.

Slim Hopkins forzó una sonrisa.

—Gracias... gracias...

—¿Quién les recomendó mi hotel?

—Nadie. Íbamos camino de Selma City —dijo Daniels—. Al aproximamos a Brooksville, el abuelo descubrió el cartel anunciador del Salmac Hotel. Un hotel que no está en la ciudad, ya es un atractivo para nosotros. Y decidimos echar un vistazo. Un lugar maravilloso, señora Graham. Teníamos proyectado pasar el *week-end* en Selma City, pero de seguro nos quedaremos aquí.

—Un gran honor para mí, caballeros. La cena es a las siete. Habitación número siete. La huesuda mano de la anciana fue hacia el tablero. Catorce casillas. La mitad de las llaves colgadas.

—¿Mucha clientela, señora Graham?

—No me puedo quejar. Al menos el día de hoy. La de ustedes es la cuarta habitación que ocupo. Y eso, dado lo aislado y reciente del hotel, no está nada mal. Afortunadamente cuento con clientes estables. Clientes fijos que me animaron a la transformación de mi casa en hotel. Con ellos cuento para ir cubriendo gastos. ¡Leo...! El equipaje de los señores a la número siete.

El jorobado había hecho su aparición.

Portando las dos maletas y el portafolios.

Terry Daniels hizo ademán de coger una de las maletas, pero le cortó la voz de la anciana.

—No se moleste, señor. Leo es fuerte.

En efecto.

El jorobado cargaba con las maletas fácilmente. Subió con agilidad la escalera hasta la segunda planta.

El corredor tenía forma de «U». Suelo de madera encerada. Muy brillante. Alguna de las maderas chirriaba al ser pisada.

El jorobado se detuvo ante la puerta señalizada con el número siete.

Fue Daniels quien introdujo la llave en la cerradura.

Una habitación amplia. De alto techo con artística talla. Dos camas gemelas separadas por una mesa de noche. El ventanal comunicaba con el lado oeste de la casa. Era visible una gran franja de terreno y el discurrir del arroyo.

Daniels tendió cinco dólares al jorobado.

Y Slim Hopkins le acompañó hasta la puerta palmoteando con mal disimulo la joroba del individuo.

—Adiós, adiós…

El anciano cerró la puerta sonriente.

Al girar se enfrentó con la severa mirada de Daniels.

—Te comportas como un niño, Slim.

—Es de buena suerte, Terry. El tocar la joroba de…

Sonaron unos discretos golpes a la puerta.

Daniels hizo una seña al anciano.

—Abre. Deben ser Randall y Kathryn. Ocupan la habitación número tres.

—¿Cómo lo sabes?

—Soy un buen detective, abuelo. Y aparte de eso, lo consulté en el libro de registro. ¡Abre de una vez!

Hopkins obedeció.

Randall Scott y Kathryn penetraron en la estancia.

La muchacha se abrazó a Hopkins.

—¡Abuelo…! ¡Estaba muy preocupada!

—Maldita sea, Terry —masculló Randall Scott—. ¿Qué diablos os ha ocurrido? Nos sorprendió el llegar aquí y no veros por ninguna parte. Hemos estado tentados de abandonar el hotel e investigarlo que…

—Ha sido un viaje algo… accidentado —interrumpió Daniels—, ¿Cómo os fue a vosotros?

—Perfecto. Hemos llegado hace un par de horas —sonrió

Kathryn—. Os he visto llegar desde mi balcón. Ha sido una gran suerte que os destinaran a nuestra misma planta.

Tenemos la habitación número tres.

Daniels asintió mientras encendía un cigarrillo.

—Parece ser que el primer piso está todo ocupado. Dos chicas que conocimos en la carretera también están aquí. En la habitación número cinco.

—Ah, sí… Estaba abajo cuando llegaron —comentó Kathryn—. Crucé unas palabras con una de ellas en recepción.

—¿Qué os parece el hotel?

La pregunta de Daniels no fue respondida de inmediato.

Scott y Kathryn intercambiaron una mirada.

Fue la muchacha quien habló.

Con voz algo temblorosa.

—No… no me gusta, Terry. Y no me refiero al hotel en concreto. Las habitaciones son espaciosas, con mobiliario antiguo, pero señorial. Limpieza esmerada. En la reforma han dotado a cada habitación de su correspondiente cuarto de baño… No sé explicarlo, pero hay algo extraño… Algo imposible de definir.

Slim Hopkins rió cascadamente.

—Yo sí puedo definirlo. La tal señora Graham es una auténtica bruja. ¡Y menudo botones de hotel! Un jorobado escapado de Notre-Dame.

Kathryn denegó con un movimiento de cabeza.

—No es eso, abuelo. Fue… fue…

—Yo lo diré, Kathryn —intervino Randall Scott—, Al cruzar el bosque. Nos envolvió un silencio sobrenatural. Un silencio espantoso. Parecía como si se hubiera detenido el tiempo. Mientras circulábamos por la montaña el viento movía las ramas, los pájaros cantaban… y al cruzar el bosque que conduce al Salmac Hotel…

—Un silencio total —dijo Daniels—, Lo sé. También nosotros sufrimos esa extraña experiencia. Una espeluznante sensación. Ciertamente resultó impresionante, pero sin duda motivado por algún fenómeno atmosférico. El valle protegido por las montañas o cualquier otra circunstancia.

—¿Y los pájaros? —inquirió Kathryn—. ¿Por qué ese silencio?

—Una simple coincidencia. ¡Eh, un momento…! ¿Qué ocurre aquí? —rió Daniels—, Se supone que somos nosotros los que

tenemos que asustar a los demás.

Terry Daniels colocó una de las maletas sobre la cama.

Manipuló con la llave en la cerradura.

—¿Qué os parece, amigos…? ¡El muestrario del horror!

Sí.

Allí había de todo.

Máscaras de piel, postizos, prótesis, maquillajes, ropas…

Terry Daniels se acopló una de aquellas máscaras. La de hombre lobo. Con su espeluznante gris pelaje. Afilados colmillos…

Luego tomó una calavera.

Apretando un oculto resorte de su interior, comenzaba a salir un azulado humo por las vacías cuencas. Con marcado olor sulfúreo.

—Esto es para ti, Kathryn —Daniels entregó un rectangular envoltorio—. Es un bonito traje. Con maquillaje a juego. Para convertirte en la novia perfecta del conde Drácula. Y también para transformarte en espíritu del Más Allá. Con su correspondiente cadena de alma en pena.

La muchacha esbozó una sonrisa.

—¿Cuándo empezamos la representación?

—Esta noche lo decidiremos. Terminada la cena —Terry Daniels se despojó de la máscara —. Después de conocer a todos los clientes del Salmac Hotel.

—De acuerdo. Hasta luego.

Randall Scott y Kathryn abandonaron la estancia.

Daniels volvió a cerrar la maleta depositándola encima del armario que casi ocupaba toda una pared.

Abrió la puerta situada junto al mueble.

Un cuarto de baño. Moderno. Acusando su reciente construcción. Contrastando con el resto del conjunto.

—Voy a darme un baño, abuelo.

—Me parece muy bien, hijo. Yo me tumbaré un rato. Tengo sueño después de la infernal noche que me has hecho pasar viajando.

Daniels prefirió no responder al anciano.

Abrió la otra maleta ordenando la ropa en el armario. Apartó un juego de ropa interior, unos calcetines, pantalón, camisa polo y deportiva chaqueta.

Disfrutó de un prolongado y relajante baño. Culminado con

esmerado afeitado y vigorosa loción.

Todo ello amenizado con los sonoros ronquidos de Slim Hopkins.

Terry Daniels se contempló en el espejo del armario.

Ya dispuesto para salir.

Acudió al ventanal para cerrar las correderas e impedir la claridad del atardecer. Fue entonces cuando divisó a Janis Little. La muchacha deambulaba por el jardín.

Contemplando unas figuras.

Daniels sonrió.

Y bruscamente la sonrisa se borró de su rostro.

Reemplazada por una mueca de estupor.

De incredulidad.

Una de aquellas níveas estatuas de mármol se estaba moviendo. Tendiendo sus manos hacia Janis.

CAPÍTULO VII

Terry Daniels corría a grandes zancadas.

Salió de la casa como una exhalación.

Ajeno a las estupefactas miradas de la señora Graham y de cuantos se encontraban en el salón social de la planta baja.

Fue hacia el jardín.

Hacia aquel conjunto de artísticos y recortados setos adornados por una fuente de tres caños y las estatuas de mármol.

Llegó jadeante.

Ni rastro de Janis.

Descubrió la estatua. Aquella figura que, desde el ventanal de la habitación, había visto mover y tender sus brazos hacia Janis.

Una estatua escalofriante.

Una escultura magistralmente tallada, aunque de efecto sobrecogedor. En níveo mármol. Representando a un siniestro soldado con cabeza de león. De feroz aspecto.

Con las fauces desencajadas y los ojos desmesurados.

No era aquélla la única estatua.

Había dos más.

También en níveo mármol.

Una de ellas representaba a una monstruosa criatura. Mitad hombre mitad murciélago.

Con cuernos.

—Impresionante, ¿verdad?

Daniels giró.

Sobresaltado.

Descubriendo a Janis sentada en uno de los bancos del jardín. Entre unos setos. Frente a la estatua del hombre— murciélago.

—¿Te encuentras bien, Janis?

La muchacha parpadeó.

Sonriente.

—¿Yo…? SI, por supuesto. ¿Y tú? ¿Te encuentras ya… repuesto?

Terry Daniels también esbozó una sonrisa.

Recordando el golpe recibido de Janis.

Se sentó junto a la muchacha.

El emplazamiento de las tres estatuas formaba un triángulo. Con

pedestal recubierto por hiedra.

—Son maravillosas, Terry. Jamás había visto nada igual.

—¿Maravillosas? —Daniels hizo una mueca—. Para mi gusto son horripilantes.

—No representan a un dios griego de belleza, pero eso no resta hermosura a las esculturas. Yo hablo de la mano que dio vida a las estatuas. Hizo una obra maestra. Son perfectas.

Daniels tragó saliva.

Procurando calmar sus nervios.

—SI. Demasiado perfectas. ¿Sabes una cosa? Puedes reír, pero me he comportado como un idiota. Estaba en mi habitación. Aquella de allí —Daniels extendió el brazo señalando hacia la casa —. La del segundo piso que permanece con las correderas cerradas. Te vi pasear por el jardín. Contemplando las estatuas. Al girar tú, una de las estatuas... la del soldado con cabeza de león, tendió sus manos hacia ti.

Janis parpadeó.

—¿Quién? ¿La estatua?

—Sí, eso es.

La muchacha dejó en libertad los cascabeles de su garganta. En cantarina carcajada.

—Puedes reírte —dijo Daniels, esbozando también una sonrisa —; pero me llevé un susto de muerte. Corrí hasta aquí como alma que lleva el diablo.

—Gracias por acudir en mi socorro —siguió Janis, divertida—, Sin duda fue un efecto óptico lo que te hizo creer que la estatua se movía.

—¿Otro efecto más?

—¿Qué quieres decir, Terry?

—Hablo del bosque silencioso. El enmudecer de los pájaros, la inmovilidad de las hojas en los árboles... Janis volvió a parpadear.

—¿Es una broma? Paula y yo hemos cruzado también ese bosque. El único camino de acceso al Salmac Hotel. Y el viento silbaba por entre las ramas con fuerza. Amenizado por el incesante cantar de los pájaros.

—¿Estás segura?

—¿Segura? Eso es lo lógico. Lo tuyo es lo irreal. Sospecho... sospecho que tratas de asustarme.

Daniels sacudió la cabeza.

Aturdido por todo aquello.

—Regresemos, Janis. Necesito un trago.

—Mañana, con mejor luz, fotografiaré a las estatuas. Representan tres diablos. Tres espíritus infernales.

—¿De veras?

Janis señaló hacia la estatua del hombre murciélago.

—Sólo he identificado a Belcebú. Ahí lo tienes. Feroz y monstruoso. Con sus alas de murciélago, los demoníacos cuernos...

—No lo describe así Milton en su Paraíso perdido.

Los ojos de la muchacha se posaron inquisitivamente en Daniels.

—No te hacía tan erudito, Terry. Ciertamente el poeta inglés representa a Belcebú como un anciano sereno, pero ésa es la excepción. Belcebú, en los evangelios de Marcos, Juan...

—Olvídalo, Janis.

La joven volvió a reír en jocosa carcajada.

—Tienes miedo, ¿eh, Terry?

Daniels forzó una sonrisa.

Si.

Aquello tenía gracia.

Terry Daniels, dispuesto a aterrorizar a todos los clientes del Salmac Hotel, empezaba a mostrar síntomas de inquietud.

* * *

La cena resultó amena.

Terry Daniels, Randall Scott, Slim Hopkins, Kathryn y las dos muchachas de la Fundación Ecologista Springs juntaron sus mesas. Una cena copiosa y exquisita. Con ricos caldos de los propios viñedos del Salmac Hotel.

Sólo un camarero para servir las mesas.

Y no todas las mesas ocupadas.

Terry Daniels ya había entablado conversación con todos los clientes. Minutos antes de la cena. En el mostrador del salón social.

Sterling Williams. Un individuo de unos cuarenta años de edad. De pálidas facciones y enteca figura. Vestía con la elegancia de un

lord inglés. También sus ademanes extremadamente refinados. Junto a él, su hermana Cynthia. Una mujer de singular belleza. De marcada sensualidad. Frisando en los treinta años de edad. Con un cuerpo pletórico. Maduro. En su máximo esplendor. Dos clientes fijos. Sterling Williams, enfermizo y delicado, necesitaba del clima y tranquilidad del Salmac Hotel.

En otra de las mesas, Ed Crawford. Joven y atractivo. Pintor. También cliente estable del Salmac Hotel. Buscaba la soledad para inspirarse en sus lienzos.

En un rincón del amplio comedor, como deseosos de no ser molestados, dos individuos. Alfred Reynolds y Mel Pickens habían llegado aquel mismo día al hotel. Dos individuos poco comunicativos. Daniels sólo consiguió sacar de ellos el nombre.

Un cliente más, un tal profesor Hiller, estaba recluido en su habitación. Imposibilitado. La cena le fue servida en su habitación. El profesor Hiller, según palabras de la señora Graham, fue el primer cliente en hospedarse en el hotel. Y aún permanecía allí.

Terry Daniels ya tenía trazado un plan de acción.

Todo iba a resultar muy sencillo.

Alfred Reynolds y Mel Pickens parecían ser clientes de paso. Había que dedicar especial atención a los hermanos Williams y a Ed Crawford. Y también al profesor Hiller. Los clientes fijos del Salmac Hotel. Sin éstos, el ya poco rentable negocio se convertiría en ruinoso.

También estaban Janis y Paula.

Una semana en el Salmac Hotel significaban muchos ingresos para la señora Graham. El propio Daniels se encargaría de las dos muchachas.

En especial de Janis.

—Os dejo —sonrió Paula, incorporándose de la silla—. Voy a cambiarme de ropa. Janis dirigió una perpleja mirada a su amiga.

—¿Cambiarte?

Paula lucía un favorecedor vestido línea corola en marrón con estampado geométrico.

Sonrió maliciosa.

—He hecho una conquista, Janis. ¡Adiós a todos!

Janis contempló la salida de su amiga.

—Una conquista... ¿Quién puede ser?

—Tal vez Murphy, el camarero. Es un tipo muy simpático.

El comentario de Slim Hopkins provocó carcajadas.

El camarero era un individuo de rostro sombrío. Parco en palabras. De movimientos lentos. Como los de un autómata.

Los hermanos Williams fueron los primeros en abandonar el comedor.

A los pocos minutos fueron imitados por Alfred Reynolds y Mel Pickens.

Slim Hopkins ahogó Un bostezo.

—Creo que me largaré a dormir.

—¿No te quedas a ver la televisión, abuelo? —preguntó Kathryn —. Por la ABC tienes tu programa favorito.

—¡Es cierto…!

—No te hagas ilusiones, Slim —sonrió Janis—, No hay televisión en el Salmac Hotel. Me informó de ello la propia señora Graham. Odia ese artefacto que turba la paz y la tranquilidad. Esas fueron sus palabras.

—¡Bonito hotel…!

—Y con el teléfono averiado —añadió Janis.

Terry Daniels interrumpió el iniciado ademán de llevarse un cigarrillo a los labios.

Fijó la mirada en Janis.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Quise comunicar con Los Angeles — respondió Janis—, Con la Fundación. Al no disponer de teléfono en la habitación, fui a recepción. La señora Graham me dijo que estaba averiada la línea. Sin teléfono, televisor… aislados del mundo exterior. Del bullicio. De la civilización… Un lugar perfecto para todo amante de la naturaleza.

—Y romántico —dijo Randall Scott, desviando la mirada, hacia el ventanal del salón—. Mirad… hay luna llena.

CAPÍTULO VIII

Paula se despojó del vestido arrojándolo sobre la cama.

Su seductor cuerpo quedó tan sólo protegido por finos pantys, el slip y el sujetador. Llevó las manos a la espalda. Manipulando en el cierre del sujetador. Los senos, al quedar libres, oscilaron brevemente terminando por mantenerse firmes y erguidos.

Paula se situó frente al espejo del armario.

Deslizó las manos por los opulentos senos.

Acariciadoras.

Sonrió a la vez que procedía a despojarse de los pantys. Ya sólo con el minúsculo slip en tul moteado abrió la puerta del armario.

Extrajo unos pantalones vaqueros y un *sweater.*

Fue hacia la mesa de noche.

En busca de los zapatos.

Fue entonces cuando la luz comenzó a eclipsarse. A parpadear. En rápidas intermitencias hasta terminar por oscurecer totalmente la estancia.

—¡Oh, no...!

El suspirar de Paula coincidió con la oscuridad.

Con un mohín de disgusto en el rostro tanteó por la mesa de noche. Hasta dar con el encendedor.

Lo accionó.

Aplicando la llama a los dos cirios del candelabro de bronce depositado sobre la mesa de noche.

La mortecina iluminación de las dos velas incrementó el disgusto de Paula. Sólo luz eléctrica en la lámpara del techo. Y en la mesa de noche, candelabros. Romántico y decorativo, pero muy poco práctico.

Paula se sentó al borde del lecho.

Ya había dado con los zapatos.

Tendió su zurda hacia el pantalón vaquero, pero algo le hizo detenerse. Quedó rígida. Con el brazo extendido.

Una sombra.

Una sombra que se dibujó fugaz y fantasmal en la pared.

La débil llama de los dos cirios temblaba. Proyectando fantasmagóricas sombras por la habitación.

Y luego el ruido.

Primero fue un chirriar. Muy tenue. Apenas audible. Como el de una puerta al girar lenta, muy lentamente...

Paula dirigió la mirada hacia la puerta de entrada a la habitación.

La había cerrado con llave y ajustado el pasador.

Se incorporó alargando su diestra hacia el candelabro. Con la vacilante iluminación de los dos cirios, se aproximó a la puerta.

Esbozó una sonrisa al comprobar que el pasador continuaba ajustado. Y la puerta cerrada con llave.

La sonrisa se quebró en el rostro de Paula.

Un nuevo sonido.

Un jadear.

Un respirar entrecortado.

Imposible determinar su lugar de procedencia. Resonaba en toda la habitación. Por todos los rincones.

Paula alzó el brazo.

Tratando de que el candelabro iluminara mejor la estancia.

La puerta del armario estaba entreabierta. Los colgados vestidos parecían moverse. Agitados por una invisible mano.

Entonces la vio asomar.

Por uno de los altillos del armario.

Una rata.

Una rata gruesa, lustrosa, bien cuidada, de espeso y gris pelaje. Con unos diminutos ojos. Muy brillantes. Fijos en Paula.

La muchacha ahogó un grito.

Dominándose con dificultad.

Se aproximó lentamente. Casi arrastrando los desnudos pies por el suelo. Conteniendo la respiración. También muy despacio movió el brazo izquierdo. Hasta que su mano rozó la puerta del armario.

Los diminutos ojos de la rata continuaban fijos en Paula.

Siguiendo cada uno de sus movimientos.

Paula, apenas rozar la puerta del armario, actuó con rapidez. Cerró violentamente la hoja. Quedó unos instantes inmóvil. Con la palma de la mano apoyada sobre la madera.

Fue hacia la mesa de noche depositando el candelabro.

Interiormente se felicitó por no haber gritado. Hubiera resultado ridículo que acudieran descubriendo que el motivo de la alarma era

causado por una rata.

Paula sintió un escalofrío.

Sólo de recordarlo.

La rata era repulsiva.

Ordenaría en recepción que dieran caza a tan repugnante animal. Antes de que destrozara los vestidos del...

Paula parpadeó.

Ahora con una mueca de terror reflejada en el rostro.

Contemplando alucinada cómo la puerta del armario comenzaba a abrirse lentamente.

Ahora sí vio la mano.

Una mano blanquecina, de largos dedos engarfiados...

El grito de Paula fue bruscamente cortado por unas grandes y húmedas manos que surgieron a su espalda. Unas manos que se cerraron en torno a su cuello.

Apretando con fuerza.

Paula sintió flaquear sus rodillas.

Fue arrojada sobre el lecho.

Casi sin respiración.

Y su atacante saltó también al lecho. Volcándose sobre la muchacha. Su rostro quedó iluminado por los dos cirios del candelabro.

Un rostro desencajado. Con una verdosa cicatriz de izquierda a derecha. Una cicatriz que palpitaba como si tuviera vida propia.

Paula le reconoció.

Horrorizada.

Era el jorobado del parking. El que dijo llamarse Leo Malmuth. Los saltones ojos del individuo brillaban lujuriosos. Devorando con la mirada los desnudos senos femeninos.

Un hilillo de baba asomaba por la comisura de sus labios.

Paula quiso gritar.

Lo intentó.

Desesperadamente.

Ningún sonido brotó de su dolorida garganta. Todavía falta de respiración. Con una sensación de ahogo en el pecho.

Sonaron unos pasos.

El suelo de madera de la habitación crujió.

Aquello hizo girar la gruesa cabeza del jorobado. Comenzó a

retroceder. Encorvándose aún más. Sin atreverse a alzar la mirada. Gateó grotescamente por el lecho acurrucándose en uno de los extremos.

Paula había contemplado la salida del individuo del armario.

Con su elegante vestimenta. Aquel traje negro, camisa rizada y corbata de plastrón con pasador de oro. Un individuo de blanquecino rostro. Enfermizo. De enteca figura. De manos muy blancas.

Le vio cenar en el comedor.

En compañía de su hermana Cynthia.

Sterling Williams.

El hombre avanzó hacia el lecho.

Inclinándose sobre Paula.

Los ojos de Sterling Williams eran como ascuas encendidas. En ellos parecía latir todo el fuego del Averno. Unos ojos que hipnotizaban a la muchacha.

Paula permaneció inmóvil.

Nada hizo.

Ni tan siquiera cuando Williams sonrió asomando por entre sus labios dos largos y afilados colmillos. Dos punzantes colmillos que se hundieron salvajemente en el cuello de Paula.

La joven agrandó los ojos.

Hasta desorbitarlos.

Desencajando su bello rostro en alucinante mueca de terror. Ahora si se agitó. Moviendo brazos y piernas. Como si sufriera violentos espasmos. Paulatinamente fue quedando inmóvil. Con los ojos abiertos. Fijos en el techo.

Sterling Williams se separó de la muchacha.

Los colmillos teñidos en rojo.

Con dos hilillos de sangre resbalando por su barbilla.

Desvió la mirada hacia Leo Malmuth.

El jorobado continuaba acurrucado. Entre sus manos la rata gruesa y lustrosa. La acariciaba. Una y otra vez. Nerviosamente. Peinando con sus gruesos dedos el gris pelaje del animal.

—Ya es tuya, Leo.

La fría voz del individuo hizo encorvarse aún más a Malmuth. No alzó la mirada.

—Gracias, señor… gracias…

Leo Malmuth gateó torpemente.

Hacia Paula.

Abalanzándose sobre el cuerpo femenino.

La rata corrió por encima del edredón. Trepó hasta la almohada ensortijándose en los cabellos de Paula. Posó sus patas delanteras en la mejilla de la joven. Aproximando el hocico a los desorbitados ojos de la muchacha. Paula, afortunadamente para ella, ya estaba muerta.

* * *

La luna llena destacaba como un lumínico disco de plata.

No había estrellas en el negro manto del cielo.

Sólo aquella luna iluminando la noche.

—Parece imposible que exista un lugar como éste. Un hotel perdido entre montañas.

Aislado. Solitario en verde y extenso valle.

Daniels exhaló una bocanada de humo.

Sonrió.

Pensando que dentro de poco estaría allí un Clover Center. Con su hipermercado, sus multicines, grandes almacenes, casino...

—Ciertamente es un bonito lugar, Janis. Y no del todo aislado. Aquel desfiladero del sur comunica con Brooksville. Sólo con quitar unas pocas piedras. Igual ocurre en la zona oeste. Comunica con las carreteras de Mena City. Y la pista de la montaña enlaza con... —No sigas, Terry. Puede oírte la señora Graham y abrir todas esas vías de acceso.

Daniels entornó los ojos.

—Es verdad... ¿Por qué no se le habrá ocurrido hacerlo? Es algo lógico. Máxime en ella, que debe conocer sus propiedades a la perfección.

—Tal vez le guste vivir aislada.

Daniels no hizo ningún otro comentario.

Alargó su diestra atrapando el vaso de whisky.

Terry Daniels y Janis se encontraban en una de las mesas bajo el porche. Del abierto ventanal del salón social llegaba una dulce

música.

Randall Scott y Kathryn paseaban por el jardín.

El viejo Hopkins ya se había retirado a dormir.

En el salón social, acodado en la barra, Alfred Reynolds. Sin su compañero Mel Pickens.

Era el único cliente del salón.

Janis respingó.

—¿Qué ocurre? —inquirió Daniels.

—Ese es Ed Crawford.

—¿Y qué?

—Creí… creí que sería el acompañante de Paula.

Ed Crawford caminaba hacia el porche. Se introdujo en un deportivo Corvette para seguidamente enfilar hacia la carretera que conducía al bosque.

Terry Daniels sonrió.

—Debe ser otro el pretendiente. Ed Crawford se marcha solo.

—Voy a la habitación —decidió Janis, incorporándose.

—Te acompañaré.

Penetraron en la casa.

La señora Graham, tras el mostrador de recepción, les dedicó una sonrisa. —Señorita Little…

—¿Sí?

—¿No quiere la llave de su habitación?

Janis parpadeó contemplando la llave que le tendía la anciana.

—¿No… no está mi compañera en la habitación?

La piel en el ajado rostro de Leigh Graham se estiró al sonreír nuevamente.

—Oh, no… La señorita Wilder salió hace ya casi una hora. Después de la cena le entregué la llave, pero bajó de inmediato.

—Gracias…

Janis tomó la llave.

Subió la escalera acompañada de Daniels.

—Es extraño…

—No del todo —comentó Daniels, sonriente—. Puede que se adelantara a Ed Crawford. Fue caminando hacia el bosque. Y allí la recogería Crawford. De seguro camino de Brooksville. Esto es muy aburrido.

—Paula no marcharía a Brooksville sin comunicármelo. Además,

estaba vestida para ir a la ciudad. ¿Por qué cambiarse de ropa?

—Tal vez por un traje de noche. Incluso los villorrios como Brooksville cuentan con *night-clubs* donde bailar.

Janis terminó por esbozar una sonrisa.

—Sí, puede que tengas razón. ¡Eh...! ¿Qué haces? Esa no es nuestra planta.

Terry Daniels se había adentrado en el corredor del primer piso.

Deteniéndose en cada una de las puertas del pasillo.

—Fíjate, Janis... Ninguna habitación tiene número en la puerta.

—No seas curioso. Puede que este piso no esté destinado a clientes.

—Lo está. Los hermanos Williams tienen aquí sus habitaciones. Al igual que Ed Crawford y el profesor Hiller. Todos ellos destinados en esta misma planta. Lo he investigado.

—¿Por qué? ¿Qué puede importarte?

Daniels sonrió.

Rodeó con el brazo derecho los hombros femeninos. Se encaminaron hacia el segundo tramo de la escalera.

—Lo dicho, Janis. Soy un tipo curioso.

—Más que eso, Terry, Me desconciertas. Eres un hombre extraño. ¿Qué haces aquí? No encajas en un hotel como el Salmac. Y no me respondas con eso de cuidar al abuelo. —Estoy aquí por ti, Janis —Daniels descendió la mano derecha por la espalda femenina. Hasta el hendido trasero—. Enloquecido por tu belleza.

—La mano quieta.

—Sí, Janis. Ahí la dejaré. Quietecita.

Janis se separó.

Roja como la grana.

—Eres un cínico.

—Me gustas, Janis. No lo puedo remediar.

La muchacha introdujo la llave en la cerradura. Abrió la puerta de la habitación accionando el interruptor de la luz.

Janis acudió directamente al armario. Fue apartando uno a uno los vestidos colgados en las perchas.

—Su vestido de noche está aquí. Paula no...

Janis enmudeció.

Las manos de Daniels se habían posado en su cintura. Subieron acariciadoras. Hacia los breves y erguidos senos. Sintió los labios de

Daniels posarse en su nuca. Besándola en el cuello.

La joven giró.

Unieron sus labios.

Abrazándose con frenesí.

Bruscamente la muchacha quedó rígida. Se separó con rapidez. Empujando a Daniels.

Contemplándole con estupor.

—Tienes... llevas... llevas una pistola...

Daniels sonrió.

—Te equivocas. Janis.

—Ahí... en la axila izquierda... He percibido su inconfundible contacto. ¡No soy tonta!

Terry Daniels abrió la chaqueta.

Descubriendo la funda sobaquera donde asomaba la culata de un arma.

—¿Te das cuenta? No es una pistola, Janis. Es un revólver del treinta y ocho. Un Smith & Wesson.

La joven retrocedió.

—¿Quién eres tú? ¿Por qué vas armado?

—Hay mucho sinvergüenza suelto, Janis.

—Fuera de mi habitación, Terry. ¡Vete! ¡Ahora mismo! Daniels se había inclinado pasando la yema de los dedos por una mancha del suelo. La rascó con la uña del Índice.

—Es cera... ¿Has utilizado las velas, Janis?

La muchacha desvió instintivamente la mirada hacia el candelabro de la mesa de noche.

Los cirios estaban intactos.

Sin estrenar.

—No...

—Huele a detergente —comentó Daniels, olfateando el aire—. Han baldeado recientemente la habitación.

—¿Otra vez? Va lo hicieron esta mañana. Vi a la camarera. Una muchacha muy bonita.

La señora Graham iba supervisando la limpieza.

Terry Daniels acudió al ventanal.

Abrió las correderas.

Justo en el momento en que sonaba el desgarrador grito. Procedente de la oscuridad del jardín.

Daniels identificó el espeluznante grito y las siguientes llamadas de socorro.

Era Randall Scott.

Aullando como si fuera atacado por una legión de demonios.

CAPÍTULO IX

Randall Scott quedó solo en el jardín.

Kathryn había acudido al hotel en busca de Terry Daniels. Tenían que planear juntos la presentación.

Scott se llevó a los labios una pastilla de *chewing gum.* Con las manos introducidas en los bolsillos comenzó a pasear por entre los setos del jardín. Contemplando —las tres estatuas. No había iluminación.

Sólo la proyectada por la luna.

Una magnífica luna llena.

Randall Scott se aproximó a la fuente de los tres caños. No con intención de beber. Scott sólo utilizaba el agua para lavarse.

Los tres caños tenían una forma extraña. Parecían formar un siniestro tridente. Similar al de Neptuno... o al del mismísimo Satanás.

Randall Scott pasó distraídamente la zurda bajo uno de los caños.

Siguió camino.

De pronto quedó inmóvil. Paralizado por la sorpresa. Contemplando con estupor su mano izquierda. Teñida en rojo. Un viscoso líquido bermejo que se filtraba por entre los surcos de sus dedos. Como si fuera sangre.

Scott giró sobre sus talones.

Retornando de nuevo junto a la fuente.

El agua manaba pura y cristalina.

Randall Scott, con una mueca de perplejidad reflejada en el rostro, colocó la zurda bajo uno de los caños. Limpiándola de aquel pegajoso líquido.

Seguidamente fue hacia uno de los bancos del jardín.

Tomó asiento.

Fue entonces cuando percibió moverse los arbustos cercanos. Como si alguien escarbara en el seto. Apartando las hojas.

Scott entornó los ojos.

La claridad de la luna era más que suficiente para distinguir la zarpa.

Una garra velluda. De engarfiados dedos. Con unas corvas y

afiladas uñas negruzcas. Randall Scott se tragó la goma de mascar, aunque de inmediato reaccionó con una sonrisa.

—Terry... ¿eres tú?

La única respuesta fue un gruñido.

Un sonido ronco.

Gutural.

Infrahumano.

El arbusto se agitó aún más. Se apartaron las ramas. Ahora fueron dos garras las que asomaron. Dos zarpas de grisáceo pelaje.

Y también asomó el rostro.

Alucinante.

Un rostro monstruoso. Ensombrecido por abundante pelaje gris. Orejas puntiagudas, peludas... La nariz achatada, de grandes orificios por donde asomaba también grisáceo vello. Ojos redondos, relampagueantes, de diabólico fulgor. Las fauces desencajadas. Descubriendo unos afilados colmillos amarillentos. La cavidad bucal rojiza, con una lengua blanquecina, larga, estrecha...

Scott sonrió.

Si.

Allí estaba Terry Daniels.

Con su disfraz de hombre lobo.

—Muy bueno, Terry. Muy bueno... ¿Ya has hablado con Kathryn?

Un nuevo gruñido.

Aquellas zarpas apartaron violentamente los arbustos. Destrozándolos. Arrancándolos de raíz con atroz salvajismo. Sin dejar de gruñir.

Se situó frente a Scott.

Encorvado.

Tendiendo sus engarfiadas garras.

Tenía la camisa desgarrada. La chaqueta le resultaba pequeña. Asomando sus nervudos brazos. También el pantalón parecía haberle encogido. Las piernas recubiertas de pelaje gris.

—Es... es asombroso, Terry. ¿Cómo lo has conseguido, muchacho? Eres un perfecto licántropo. Es de un efecto...

Un infrahumano gruñido hizo enmudecer a Scott. Este sacudió la cabeza a la vez que chasqueaba la lengua.

—No pierdas el tiempo conmigo, Terry. Estoy solo. A nadie más

puedes asustar. Por cierto... te apesta el aliento cosa mala. Es algo...

Randall Scott volvió a enmudecer.

Contemplando aquellas abiertas fauces. Desencajadas. Rojizas. Los afilados colmillos.

La lengua larga...

Scott palideció.

—Oye... un... un momento... tú... tú eres Terry, ¿verdad?

La respuesta fue un zarpazo.

La engarfiada garra silbó siniestra.

Randall Scott esquivó milagrosamente las afiladas uñas dirigidas a su rostro. Y saltó del banco. Con el rostro demudado por el terror.

Comenzó a gritar.

—¡No eres Terry...! ¡No eres Terry...!

Un nuevo zarpazo.

Este si le rozó.

Desgarrando de arriba abajo la chaqueta de Scott.

—¡Socorro...! ¡A mí...!

Los desesperados gritos de Scott atronaron en el silencio de la noche.

El pánico le hizo caer al suelo y gatear por el jardín. Se introdujo por entre los setos.

Arbustos que eran apartados violentamente por el hombre lobo.

Se escucharon precipitados pasos procedentes de la casa.

Terry Daniels corría hacia el jardín.

Seguido de Mel Pickens.

Fue Daniels el primero en llegar. Descubriendo a Scott acurrucado entre los arbustos.

Temblando de pies a cabeza.

—¡Terry...! ¡Terry...! ¡Un hombre lobo...! ¡Me ha atacado un hombre lobo!

Terry Daniels esbozó una sonrisa.

Dispuesto a seguir lo que creía un truco de su compañero.

—¿De veras...? ¡Es horrible!

—Su amigo no está bromeando —dijo Mel Pickens, que empuñaba en su diestra una automática—. Mire eso.

Terry Daniels se percató por primera vez del destrozado jardín. De los arbustos arrancados de raíz. Y de las huellas en la húmeda tierra.

—Pero...

—No es momento de explicaciones —interrumpió Mel Pickens, con dura voz—. Hay que seguir a esa bestia y darle muerte. ¿Me acompaña?

Terry Daniels, aturdido, no respondió; pero algo le hizo reaccionar y emprender carrera junto a Pickens.

Fue el aullido.

El infrahumano aullido de un lobo que surgió de lo más profundo del cercano bosque.

* * *

Bajo la frondosidad del bosque la oscuridad era casi total.

—Está cerca... Puedo sentirlo.

Terry Daniels no hizo comentario alguno a las palabras de Pickens.

SI.

También él podía percibir aquella extraña sensación. Estaba en el ambiente. Se respiraba. Como un vaho maligno que envolviera la zona.

—Usted por ahí, Daniels. Daremos un pequeño rodeo a este tramo del bosque. Si lo descubre, no se enfrente a él. Llámeme.

Tampoco ahora respondió Daniels.

Limitándose a tragar saliva con cierta dificultad.

Se adentró por entre los árboles. Por un estrecho y serpenteante sendero. Fue entonces cuando, a corta distancia, descubrió el auto. El Corvette de Ed Crawford. Fuera de la carretera. En una reducida planicie de la cuneta.

Terry Daniels avanzó hacia el auto.

La portezuela abierta, pero sin rastro de Crawford.

Daniels se inclinó hacia el interior del vehículo accionando el encendido eléctrico.

Iluminó los faros del auto. Luces largas.

Y al instante palideció de terror.

Los faros habían enfocado al monstruo. Al hombre lobo. Entre unos arbustos. Salió de su escondite. Aullando. Con las fauces

desencajadas. Mostrando sus amarillentos colmillos.

Con una infrahumana y salvaje mueca en su peludo rostro.

Avanzó hacia Daniels.

En increíbles saltos.

Sin dejar de proferir aquellos espeluznantes aullidos.

—¡Dios…!

La exclamación de Daniels fue acompañada de un veloz movimiento para apoderarse del Smith & Wesson. Aferró el revólver con ambas manos. Autocontrolándose. Dominando su terror.

Apuntó cuidadosamente.

El hombre lobo ya estaba muy cerca.

Un salto más y…

Terry Daniels apretó el gatillo.

Certeramente.

La bala alcanzó de lleno en el pecho del monstruo, pero no detuvo su avance. Todo lo contrario. Pareció acentuar su furia.

Daniels volvió a disparar.

Una y otra vez.

La corta distancia le permitía contemplar los impactos en el pecho del licántropo. Sin causarle el menor daño.

Terry Daniels echó la cabeza hacia atrás.

Esquivando milagrosamente la zarpa que silbó a escasas pulgadas de su rostro. Sintió el fétido aliento del monstruo. Su infrahumano rugir. Sus pupilas iridiscentes. Sus afilados colmillos…

Daniels se introdujo en el auto cerrando la portezuela.

Las garras del hombre lobo comenzaron a arañar la carrocería. Golpeando el cristal. Balanceando el coche como si fuera de juguete.

Terry Daniels, en el interior, iba de un lado a otro del asiento. Pugnando por mantener el equilibrio y poder poner el vehículo en marcha.

De pronto apareció Mel Pickens.

Corriendo hacia el Corvette.

—¡Atrás, Pickens! —gritó Daniels—, ¡Nada puede hacer contra él!

Mel Pickens no pareció oír la voz de Daniels.

El hombre lobo dejó de zarandear el auto. Volvió a aullar a la vez que iniciaba un inverosímil salto.

Hacia Pickens.
Sonó una detonación.
El rugir del monstruo fue ahora agónico. Un ronco estertor: Un espeluznante gemir de bestia herida.
El hombre lobo cayó de bruces.
A los pies de Mel Pickens.
Terry Daniels salió del coche.
—¿Cómo diablos lo ha conseguido, Pickens? Yo le disparé más de...
Daniels, enmudeció.
Mel Pickens había empujado con la puntera del zapato al caldo.
Las monstruosas facciones se estaban suavizando. El ensortijado vello desaparecía. Los dedos dejaban de estar engarfiados... Una alucinante metamorfosis.
Daniels estaba pálido.
Contemplando horrorizado la escena.
—Es... es Ed Crawford...
Mel Pickens había quitado el cargador de su automática.
Fue depositando las balas sobre la palma de su zurda.
Cinco balas muy brillantes.
Cinco balas de plata.

CAPÍTULO X

Cynthia Williams giró sobresaltada. Se llevó las manos al pecho a la vez que dejaba escapar un leve grito.

—Disculpa... ¿Te he asustado?

Cynthia forzó una sonrisa.

—En efecto, señor Reynolds.

—Llámame Alfred. ¿Qué haces aquí, Cynthia? Eres la única que ha quedado en el salón. Todos han subido corriendo a encerrarse en sus habitaciones. Impresionados por esa historia del hombre lobo.

—Yo no creo en esos absurdos, pero ciertamente me ha alterado un poco. Ese tal Scott me ha crispado los nervios con su narración.

—Estaba histérico.

—Aterrado más bien —dijo la mujer—. Y su pánico lo ha contagiado a todos los demás. Me he quedado aquí sola.

—¿Y tu hermano?

—Con el profesor Hiller. Supongo que también alterado por los desaforados gritos y exclamaciones de ese esquizofrénico llamado Scott.

Alfred Reynolds se aproximó al pequeño mostrador del salón.

Chasqueó la lengua.

—Hasta Murphy ha desaparecido dejando sin servicio el bar. Me hubiera gustado echar un trago. Puede que también yo tenga algo alterados los nervios.

Los ojos de Cynthia, de intensa y penetrante mirada, se posaron en Reynolds. En sus gordezuelos labios se dibujó una sensual sonrisa.

—Lo dudo. No me pareces un hombre fácil de asustar. Yo si lo estoy y me retiro también a mí habitación.

—¿Puedo acompañarte?

Se miraron a los ojos.

La sensual sonrisa se acentuó en Cynthia.

—¿Por qué no?

Abandonaron el salón social de la planta baja encaminándose hacia la escalera.

Tampoco encontraron a nadie en recepción.

Cynthia subió en primer lugar.

Seguida de Alfred Reynolds. Este pudo admirar el lascivo movimiento de caderas de Cynthia. La mujer vestía una vaporosa túnica. Anudada a la cintura.

Llegaron al primer piso.

Cynthia se detuvo frente a una de las puertas del corredor. Hizo girar el pomo entreabriendo la hoja de madera.

—¿Quieres pasar?

—¡Tú primero, nena...!

El movimiento de Alfred Reynolds fue brusco. Empujando violentamente a la mujer al interior de la habitación.

Cynthia trastabilló próxima a caer.

Se aferró a uno de los barrotes de la cama de dosel.

—¿Qué significa...?

Reynolds había cerrado la puerta de seco taconazo. Y en su diestra había aparecido un revólver.

—El juego ha terminado, muñeca —sonrió Alfred Reynolds, duramente—. Soy policía. De la Brigada-77 de Los Angeles. Un departamento especial... para casos aún más especiales.

—No comprendo...

—Tampoco yo, encanto; pero me lo explicarás todo. No comparto la hipótesis de Mel Pickens. Ignoras quién es Pickens, ¿verdad? Un cazador. SI, nena. Se dedica a la caza y exterminio de espíritus infernales. Mel Pickens es un experto demonólogo, un consumado parapsicólogo, un perseguidor de vampiros... Divertido, ¿eh? En la Brigada77 nos hizo mucha gracia la historia de Pickens sobre el Salmac Hotel; pero ocurre que por esta zona han desaparecido recientemente algunas personas. Sin dejar rastro. Ocurre algo extraño y la policía decidió intervenir acompañando a Pickens. Yo descubriré la verdad.

Cynthia sonrió.

—Ciertamente resulta divertido, Alfred. ¿Qué soy yo? ¿Una bruja?

—Voy a echar un vistazo a tu habitación. Y también a la de tu supuesto hermano

Sterling.

—Puedes empezar por registrarme a mí, Alfred. No escondo nada. Fíjate...

Cynthia había tirado del lazo que anudaba su cintura. Y luego

comenzó a desabotonar el cierre lateral de la túnica. Muy lentamente. La abrió.

Reynolds parpadeó.

Cynthia estaba desnuda.

Un cuerpo de diosa griega. Senos duros y erguidos. El liso vientre. La turbadora sombra del sexo protegido por broncíneos muslos…

Una diosa… o un diablo.

La puerta del armario se iba abriendo lentamente. A espaldas de Reynolds. Este no reparó en ello. Sus ojos sólo contemplaban a la mujer.

—Ven. Alfred… ¿No quieres registrarme?

Cynthia sonreía.

En demoniaca mueca.

Y por entre los gordezuelos labios femeninos fueron asomando dos puntiagudos colmillos.

Alfred Reynolds retrocedió.

Inconscientemente se aproximó a las manos que asomaban por el abierto armario.

Unas manos que se cerraron atenazando el cuello de Reynolds.

El policía reaccionó.

Proyectando hacia atrás el codo derecho y retrocediendo para aplastar a su atacante contra el armario. Giró con violencia. Librándose de su opresor.

El terror paralizó momentáneamente a Reynolds.

Frente a él estaba Murphy. El camarero. Con el rostro desencajado por horrible mueca.

Abierta la boca y asomando dos amarillentos colmillos.

Alfred Reynolds disparó.

Sin detener el avance de Murphy.

Alucinado por el miedo corrió hacia la puerta. Y al abrirla se encontró frente a la muerte.

Leo Malmuth.

El deforme jorobado.

Con los brazos en alto. Aferrando el mango de un hacha. La cortante hoja descendió con violencia. Hundiéndose salvajemente en la cabeza de Reynolds. En sangriento tajo.

La macabra y horripilante escena había sido presenciada por

Randall Scott. Se encontraba junto a la escalera. Y como si tuviera alas en los pies giró subiendo los peldaños de cuatro en cuatro. Llegó a la planta segunda.

—¡Abrid...! ¡Abridme...!

Se abrió la puerta de la habitación.

—¿Qué ocu...?

Kathryn no pudo terminar de hablar.

Randall Scott se había precipitado contra la puerta. Penetró en la habitación cerrando tras de sí. Bañado en sudor. Demudado por el miedo.

Slim Hopkins, en la cama y con un ridículo camisón de dormir, profirió una maldición.

—¡Esto no puede seguir así! ¡Esta es mi habitación! ¡Quiero dormir!

Kathryn y Janis contemplaban asustadas a Scott. Este movía los labios. Queriendo hablar, aunque sin conseguir articular sonido alguno.

Fue entonces cuando retumbó la puerta.

La afilada hoja del hacha, todavía ensangrentada, asomó astillando la madera. A pocas pulgadas de la cabeza de Scott.

Las dos muchachas gritaron al unísono.

También Hopkins, que saltó de la cama como picado por un escorpión.

Los hachazos se sucedieron contra la puerta.

Slim Hopkins gritaba hasta desgañitarse, pero sus ojos no estaban fijos en la— puerta, sino en el armario. Contemplando alucinado la aparición de Sterling Williams. Con su blanquecino rostro. Con sus afilados colmillos...

—¡Un vampiro! —gritó el anciano dando nerviosos saltos por la habitación— ¡Un vampiro!

—Sí, eso es —masculló Scott—, Sólo nos faltaba... ¡Un vampiro...! ¡Un vampiro!

La puerta se abatió destrozada a golpes de hacha.

La cicatriz en el rostro de Leo Malmuth hacía aún más horripilantes sus facciones.

Rió como un poseso.

—Encárgate de ellos, Leo —dijo Sterling, con su tenebrosa voz —. Las muchachas son para...

Sonó la detonación.

Cuando el jorobado levantaba el hacha.

Leo Malmuth acusó el impacto. Una bala en la nuca. Un proyectil que hizo oscilar su pesada cabeza. Se desplomó sin vida.

Bajo el umbral de entrada a la habitación surgió Terry Daniels. Con el Smith & Wesson en la diestra.

Sterling Williams se abalanzó furioso.

Daniels disparó.

Una y otra vez.

Contempló los impactos en la rizada camisa de Williams. Sin que frenaran su avance. Tendió sus engarfiadas manos hacia Daniels.

—¡Al suelo, Terry!

La voz de Mel Pickens fue obedecida.

Terry Daniels se dejó caer de rodillas. Atenazó la cintura de Sterling Williams. Inmovilizándole. Dando ocasión a que Pickens hundiera la estaca de madera en el pecho de Williams. A la altura del corazón.

Un aullido infrahumano brotó de la garganta de Williams.

Cayó al suelo.

Retorciéndose en violentos espasmos. Hasta quedar inmóvil. Encorvado. La blanquecina piel de Sterling Williams se fue acartonando. Rugosa. Se tornó renegrida. Ajada. Como si el veloz paso de los años castigara aquel cuerpo. Hasta convertirlo en negras cenizas. Kathryn y Janis, horrorizadas por la escena, habían enmudecido en sus gritos. Slim Hopkins aferrado a uno de los barrotes de la cama. Casi resultaba audible el temblor de su cuerpo.

—¡Cuidado!

La alerta partió de Randall Scott.

Cynthia. En compañía de Murphy y Natalie. Los dos sirvientes del Salmac Hotel. Con el rostro crispado. Los ojos llameantes. Destilando espuma por entre los afilados colmillos.

Mel Pickens giró con rapidez.

Llevaba cuatro estacas más. Construidas con ramas de árbol. Cortas y punzantes.

—¡Han exterminado al Señor de las Tinieblas…! ¡Muerte! —gritó Cynthia, como poseída por cien demonios—. ¡Venganza…!

Pickens retrocedió.

Sólo un par de pasos.

—¡Son vampiros! ¡No permitan que les muerdan con los colmillos…! ¡Utilicen…!

Ya no pudo seguir hablando.

Cynthia había saltado sobre él.

Mel Pickens, al esquivar la acometida, cayó al suelo. Tres de las estacas escaparon de sus manos, pero mantuvo una en su diestra. Alargó el brazo. Cynthia se volcó sobre él. Y recibió la estaca. Clavándose en su corazón. En el seno izquierdo.

Terry Daniels estaba también en acción.

Tomó una de las estacas a modo de puñal repeliendo el ataque de Murphy. Entablaron feroz pelea. Esquivando alucinado las dentelladas del vampiro hasta conseguir clavarle la madera en el pecho.

Randall Scott sólo reaccionó al ver cómo Natalie se disponía a atacar por la espalda a Daniels. A hundirle sus afilados colmillos en la nuca.

Scott tomó una de las estacas y, atrapando a la mujer por los cabellos, la hizo girar con violencia. Cerró instintivamente los ojos al hundir la madera en el pecho femenino.

Janis y Kathryn, abrazadas y temblorosas, contemplaban horrorizadas la escena. El temblar de Slim Hopkins hacía balancear la cama.

Cynthia, Natalie, Murphy…

Ellos no habían sufrido la diabólica y sobrenatural transformación de Sterling Williams.

Mel Pickens se había incorporado. Y corrió hacia el armario. Apartó bruscamente las perchas descubriendo la puerta camuflada.

—¡Quédate aquí, Randall! —dijo Daniels—. Voy con él.

Pickens y Daniels recorrieron un estrecho pasadizo que desembocaba en pronunciada escalera. Descendieron lentamente. Tanteando las húmedas y frías paredes. Fue un verdadero laberinto hasta dar con la piedra giratoria.

La empujaron penetrando en la estancia.

Una habitación de infernal decorado. Ensalzando a los espíritus infernales. Cada uno de los principales ángeles del Averno era allí glorificado. Con su correspondiente representación. Lucifer, príncipe de la soberbia, Mammón y la avaricia, el lujurioso Asmodeo, la devastadora ira de Satanás…

Cuadros, objetos, figuras... Todo un sacrílego culto al Averno.

En el centro de aquella maligna habitación había un trono. Un sitial adornado con calaveras. Un penetrante hedor envolvía la estancia. Un humo azulado en el ambiente. Con un marcado olor sulfúrico.

A los pies del trono yacía Leigh Graham. Con su ajado rostro desencajado en horrible mueca. Los ojos muy abiertos.

Una rata gorda y lustrosa contemplaba furiosa a los intrusos.

—Bien —dijo Daniels, con un nudo en la garganta—. Parece ser que sufrió un ataque al corazón. Todo ha terminado...

Mel Pickens movió lentamente la cabeza.

—No... Ha vuelto a escapar...

Daniels arqueó las cejas.

Fijando la mirada en el pálido Pickens.

—¿Quién?

La voz de Mel Pickens fue apenas audible Un tenue susurro.

—Salmac.

CAPÍTULO XI

Todos escuchaban en silencio las palabras de Mel Pickens.

—Salmac, más conocido por Sab Nac, es uno de los regentes del infierno. Se le representa como un soldado con cabeza de león. Un demonio poderoso que gusta de merodear entre los mortales para ser adorado. Entre sus infernales poderes está el de transformar a los hombres en piedra. Oí hablar de Sab Nac en una secta satánica de San Francisco. Hace ya de ello vatios años. Luego perdí su rastro. Yo seguí trabajando en la búsqueda del Señor de las Tinieblas.

—¿Sterling Williams?

Pickens asintió.

—Ese era su último nombre adoptado. Ignoro el verdadero. Según mis estudios le calculo unos ciento cuatro años de existencia. Le he seguido a través de libros, textos y pergaminos ocultos. Y encontré la pista en la mansión de los Graham. Allí detecté también la presencia de Salmac. Recién instalado. Aquél era su cuartel general. Una sucursal del Averno. Leigh Graham transformó su casa en un refugio para los malditos. Siguiendo las órdenes de Salmac. Allí daría cobijo a las criaturas infernales. Ed Crawford, el hombre lobo nacido en Pennsylvania y que ha vivido errante por los EE.UU. Dejando un rastro de sangre y muerte. Luego las víctimas de Sterling Williams. Murphy, Cynthia, Natalie... Y las otras víctimas. Las que hemos encontrado en una fosa común de los sótanos de la mansión.

—Paula...

Pickens volvió a mover afirmativamente la cabeza.

Ahora con la mirada fija en Janis.

—Sí, Janis... Allí hemos encontrado a tu amiga Paula. Lamento no haber actuado antes, pero ellos tenían que dar el primer paso. Descubrirse. No tenía prueba alguna. Sólo sospechas. Hipótesis que, por descabelladas y sobrenaturales, no eran tenidas en cuenta por nadie. Ni tan siquiera ahora. En la Brigada-77 aseguran que el agente Alfred Reynolds se enfrentó a una secta diabólica, de las muchas que proliferan en California.

—¡Eh, un momento! —exclamó Daniels—, Tienen mi declaración. Yo vi al hombre lobo.

—¡Maldita sea! —añadió Randall Scott—. ¡Y yo!

Pickens sonrió.

—Y la policía ha tenido en cuenta asas declaraciones, pero prefiere una versión menos... fantástica. Vampiros, hombres lobo... ¿Salmac? No. Mejor una secta de adoradores del diablo. Una secta de asesinos sangrientos que rendían culto a Satán. Una más. Sólo que ésta... si estaba realmente presidida por el diablo. Yo lo detecté. Al cruzar por primera vez el bosque camino del hotel. Ese silencio, ese sobrecogedor silencio, era una clara advertencia a los enemigos. De ahí que Janis y Paula no lo percibieran, pero nosotros si, ¿verdad?

—Algo más que eso —dijo Daniels—. Yo vi la estatua de... de Salmac. Juro que se movió.

Scott también intervino.

Con voz algo temblorosa.

—¿Qué me dices de la fuente? Uno de los caños manaba sangre. Un líquido viscoso y rojizo.

Mel Pickens volvió a sonreír.

Duramente.

—El poder de Satán y su corte infernal es ilimitado. Brooksville vivía atemorizado por ese poder. Tampoco ellos tenían pruebas de las fantasmales intervenciones de los espíritus del Averno; pero eran conscientes de que Leigh Graham, la bruja como ellos llamaban, estaba rodeada de algo maligno y sobrenatural. De ahí que decidieran aislarla. Ya en vida de Samuel Graham. Un matrimonio practicante de brujería y ritos satánicos. La estatua que se mueve, el agua convertida en sangre, el silencio del bosque y todo lo demás, era motivado por Salmac para que no turbaran la mansión. Para que los intrusos escaparan dominados por el terror. No hay que sorprenderse por esos fenómenos, amigos. Si personas con gran poder psíquico pueden realizarlos... ¿qué no hará el mismísimo diablo?

—¿Está seguro que... que Salmac...?

La incompleta pregunta de Kathryn endureció las facciones de Pickens.

—Sí, amigos. Salmac está tras todo ello. Y yo pienso seguir mi búsqueda. Tras él. Hace años, en el siglo pasado, el reverendo Chapman estuvo próximo a expulsar a Salmac de entre los mortales.

No lo consiguió. Yo seguiré la lucha.

—Pero…

Mel Pickens palmeó cariñosamente la mejilla de Janis.

—Os aconsejo olvidar lo ocurrido. A todos. La vida no es ocultismo, sangre, muerte… Es mucho más. Y hay que saber encontrarlo. Me consta que vosotros sois capaces de hallar todo lo bueno que encierra. Suerte.

Acompañaron a Pickens hasta el living.

Se encontraban en el apartamento de Kathryn, en San Francisco.

—Ah… me olvidaba —sonrió Pickens—. Esta mañana, en la—Brigada-77 de Los Angeles, crucé unas palabras con Eric McKeown. De la Brady Company Inmobiliaria.

Daniels hizo una mueca.

—También yo hablé con él hace una semana. Al día siguiente de los macabros sucesos del Salmac Hotel. Demasiada publicidad sangrienta que…

—Eso era hace una semana —interrumpió Pickens—. Eric

McKeown estaba allí con uno de los directivos del Clover Center. Visitaron el valle. Las propiedades de la señora Graham han sido heredadas por un pariente lejano. Un sobrino ajeno a las maquinaciones y brujería de sus tíos. La Brady Company ha adquirido las tierras. Y el Clover Center piensa instalarse allí.

—¿Después de… después de todo lo…?

—Según los expertos del Clover Center, el lugar será un fabuloso éxito. El mayor de todos los Clover Center implantados en USA. Eric McKeown está radiante de gozo. Al comentarle que venía hacia aquí para visitaros, me rogó que os comunicara su próxima visita y la entrega de cierto cheque por valor de veinticinco mil dólares.

Kathryn y Scott comenzaron a saltar.

Y el propio Daniels se abrazó entusiasmado a Janis.

Ni tan siquiera se percataron de la salida de Mel Pickens.

—¡Ya no permitiré que regreses a Los Angeles, Janis! —exclamó Daniels, besando repetidamente los labios femenino—. Quiero que te quedes conmigo. Randall y yo tenemos grandes proyectos. ¿Te gusta la naturaleza? Pues bien, Janis. Vamos a construir un taller mecánico con restaurante. En Steen City. A la entrada del Steen Park. Es un maravilloso lugar que… Janis…

—¿Si, Terry?

—¿Quieres casarte conmigo?

—¡Oh, Terry...!

Unieron sus labios.

—¿Y tú, Randall? —rió Daniels—. ¿A qué esperas para preguntarle a...?

Terry Daniels enmudeció.

Scott y Kathryn ya se estaban besando.

El timbre del teléfono hizo separarse a Kathryn que acudió a responder. Retornó segundos más tarde. Con un mohín reflejado en el rostro.

—¿Ocurre algo? —inquirió Daniels, preocupado.

Kathryn ahogó un suspiro.

—El abuelo. Era llamada de la nueva residencia. Avisando que pasara a recogerle. Han expulsado otra vez a Slim.

—¡Oh, no! —gritó Scott—. El abuelo es gafe. ¡Nos arruinará el negocio, la boda...!

Terry Daniels rió divertido.

—Sospecho lo que ocurre, Randall. El abuelo sólo es gafe al salir de las residencias. Se quedará definitivamente con nosotros.

Randall Scott iba a protestar de nuevo, pero fue silenciado por los labios de Kathryn. Fueron de inmediato imitados por Daniels y Janis.

Pasaron al salón.

Hablando, riendo...

Habían conocido el Salmac Hotel. Un lugar del Averno. Ellos pensaban construir un paraíso.

F I N


¡Cada relato, un fabuloso
viaje a las estrellas...!